



FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES

CARRERA: PSICOPEDAGOGÍA

“LA AMISTAD EN LA RELACIÓN MAESTRO-ESTUDIANTE”

ENSAYO ACADÉMICO

PROYECTO DE FIN DE CARRERA PREVIO A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO DE

LICENCIADO EN PSICOPEDAGOGÍA

AUTORA:

ANA ESTEFANÍA BASTIDAS TINIZARAY

PROFESOR GUÍA:

JAIME BAQUERO, PH. D.

QUITO, JUNIO 2015

1. Índice

1. ÍNDICE	2
2. DEDICATORIA	4
3. RESUMEN	5
4. PALABRAS CLAVES	6
5. INTRODUCCIÓN	7
6. EXPOSICIÓN	10
6.1 TIPOS DE AMOR	10
6.2 AFECTO O STORGE	12
6.2.1 <i>Afecto y Educación</i>	14
6.2.2 <i>Salto del afecto a la Amistad</i>	16
6.3 AMISTAD	19
6.3.1 <i>Pilares de la amistad</i>	21
6.3.1.1 Voluntad de hacer el bien	21
6.3.1.2 Crecimiento	24
6.3.1.3 Reciprocidad	26
6.3.2 <i>Compenetrarse</i>	27
6.4 CARIDAD	29
6.5 FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN	33
6.5.1 <i>Necesidad y posibilidad de educación</i>	33
6.5.2 <i>Concepto de educación</i>	34
6.5.2.1 Perfeccionamiento	36
6.5.2.2 Relación	37
6.6 ENSEÑAR: SIGNOS	39
6.7 APRENDER: CONTEMPLACIÓN	41
7. ARGUMENTACIÓN	43
7.1 RELACIÓN EDUCATIVA	43
7.1.1 <i>Afecto-enterarse</i>	43
7.1.2 <i>Amistad-Entender</i>	46
7.1.2.1 Génesis de la relación	46
7.1.2.2 Conocimiento	48
7.1.2.3 Semejanza	51

7.1.2.4	Diferencia entre maestro y profesor	54
7.1.2.5	Condiciones para ser discípulo	55
7.1.2.6	Autodidacta.....	57
7.1.2.7	Condiciones para ser maestro	58
7.1.2.8	Virtudes del maestro.....	60
7.1.2.9	Comunicación subjetiva.....	64
7.1.2.10	Conversación.....	66
7.1.3	<i>Diálogo: Encontrarse con la verdad.....</i>	67
7.1.3.1	Conmoción	68
7.1.3.2	Confrontación	69
7.1.3.3	Vocación	70
7.1.3.4	Inspiración	71
7.1.4	<i>El diálogo del maestro.....</i>	72
7.1.4.1	Retórica.....	73
7.2	RECIPROCIDAD Y SEPARACIÓN DEL MAESTRO Y DISCÍPULO	74
7.2.1	<i>Homenaje al maestro.....</i>	76
8.	CONCLUSIONES.....	79
9.	BIBLIOGRAFÍA.....	83

2. DEDICATORIA

A los jóvenes estudiantes con anhelos e inquietudes que no han tenido la oportunidad de encontrar maestros auténticos, que les orienten y animen a despertar, a vivir según las verdades descubiertas.

A mis padres que me han enseñado a preguntar y mis maestros que no han dado respuestas definitivas sino que me enseñaron a responder por mí misma, aquellos que hicieron un camino conmigo.

A mi gran maestro Jimmy Baquero, guerrero incansable de las batallas de cada día, cuyo testimonio inspira a buscar la coherencia, siendo así, lámpara que se consume e ilumina al mundo.

A mi hermana María Cristina y a Sor Lucia sierva de Cristo Rey, modelos fieles y constantes de amor humano y divino.

3. RESUMEN

Según Leonardo Polo el hombre es un ser que establece relaciones de todo tipo, las relaciones más importantes son las establecidas con las personas, pero aquellas que influyen hondamente en la conformación y descubrimiento del propio ser personal, son las relaciones que establece con los maestros. Es tipo de relación en los actuales tiempos es desvalorizada, porque cada vez es más escasa, a lo largo de este estudio se vislumbra que el nombre más propio para llamar a este tipo de relación es amistad.

4. PALABRAS CLAVES

Amistad, Diálogo, Verdad, Camino, Crecimiento Interior, Educación, Encuentro, Sentido.

5. INTRODUCCIÓN

Los profesores que más se recuerdan son aquellos con los cuales se ha establecido una relación de amistad; entre otros aspectos, estos maestros han podido atisbar la intimidad de sus estudiantes, siendo capaces de hacer que ellos mismos puedan asomarse a su mundo interior. También se recuerda a aquellos que más esfuerzo han exigido de sus estudiantes; aquellos que han propuesto retos frente a los cuales los educandos han podido descubrir habilidades, destrezas o cualidades que ellos mismos no eran conscientes de poseer.

La organización escolar se ha ampliado y con ello se ha vuelto más compleja. Existen diferentes personas con diversas funciones, materias cada vez más específicas, etc. Sin embargo, en el núcleo mismo de la educación permanecen los dos agentes principales: profesor y estudiante. La naturaleza de la relación profesor-estudiante no parece vislumbrarse de manera muy clara y sin embargo parece ser una relación en la que se entremezclan distintos tipos de amor. El primer día de clases un profesor se encuentra en su aula y establece una relación afectuosa. A medida que van compartiendo y eligiendo unos pocos que parecen estar interesados en sus descubrimientos, se va estableciendo una amistad. Por último, con aquellos que se desarrolla un compromiso con la verdad, se puede decir que la relación se eterniza y se une a la relación con el Maestro Eterno.

En nuestra época, llamada postmoderna, se piensa que “la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento” (Ratzinger, Encuentro con los Jóvenes Profesores Universitarios, 2011), y por eso se privilegia la capacitación técnica. Esta es una visión utilitarista de la educación y sin embargo, según Ratzinger, lo que más se requiere en este tiempo es centrar a la persona en el proceso educativo, cuestión que implica rescatar esa relación personal entre estudiante y profesor. Es más, si se tiene necesidad de algo en la educación es precisamente de este tiempo que da lugar a una auténtica relación. De inicio, lo que media entre el profesor y el estudiante es la materia que se imparte, para lograr la adquisición de un sistema de conocimientos. Es un compañerismo, un afecto natural llamado por los griegos *storge*.

Se puede decir que para que se realice el fin de la educación, que es el sacar lo mejor de la persona, debe existir amistad. Esta afirmación cuenta con algunos argumentos a su favor como son: la semejanza de fines tanto de la educación como de la amistad y la propia etimología de la palabra educación: <educare>, significa llevar conducir de un estado a otro; significa <sacar>, <extraer> lo mejor de la persona (García Hoz V. , 1960). La amistad por su parte, define como la más alta virtud de la voluntad que consiste en querer el bien del otro.

Otra semejanza radica en que los amigos van mostrándose el uno al otro, hasta develar, cada uno, su *sentido personal*; y de la misma manera se puede decir que el profesor realiza o reafirma su sentido personal en mostrar –hacer accesible– el bien al estudiante. El estudiante, en cambio, como fruto de las enseñanzas, despierta en él la búsqueda del su propio sentido personal. La amistad, no solo se queda en una virtud de la voluntad, como afirma Aristóteles, sino que se vincula a dimensiones más altas del hombre como es el hábito innato de la *sindéresis* y de la sabiduría, de manera que la amistad traspasa al propio ser personal hasta alcanzar uno de sus radicales antropológicos, como es el del amor personal, inicio de la vocación humana a la trascendencia.

Algunos han dicho que no se puede hablar de amistad entre educando y educador, porque la amistad se da entre *iguales* y claramente, hablando superficialmente, no es una relación entre semejantes *alter-alter*. Frente a este argumento se debe que en lo profundo del educando y el educador, no hay tal superioridad, en el diálogo no hay uno que sea más que otro. El maestro sin duda posee argumentos y criterios más válidos pero su labor consiste precisamente en ponerlos al alcance de sus estudiantes. Con el paso del tiempo ambos se convertirán en colegas y en muchas ocasiones el discípulo terminará superando al maestro. Así mismo, se dice que la *autoridad*, tan requerida para educar, impide la amistad. Frente a este argumento se debe decir que, si existe una verdadera amistad y una verdadera autoridad, no tiene por qué interferir la amistad con la autoridad, sino más bien complementarse.

De la misma forma y según Aristóteles, una condición de la amistad es la *reciprocidad*; por tanto no puede haber amistad entre educando y educador por las diferentes etapas vitales por las que atraviesan cada uno de ellos. Frente a este argumento se puede decir que, para que exista una relación personal, debe haber un despertar de la intimidad, hecho que se produce en la adolescencia (García Hoz V. , 1980) y que suele estar acompañado de la presencia de formadores. Por tanto, esta sería la etapa más propicia para establecer una relación de tal altura y profundidad como es la de amistad. Aristóteles dice que uno puede ser amigo solo de unos *pocos*, entre otras cosas porque una amistad requiere *permanencia*, que el aula no es posible, ya que el tiempo de preparación transcurre muy veloz. No obstante, se debe considerar que cuando se logra iniciar una verdadera relación amistosa, esta continuará más allá incluso de los diferentes caminos que cada uno pueda transitar. Seguirán unidos porque el educador ha sido capaz transmitir la “sed de verdad que poseen...en lo profundo y ese afán de superación” (Ratzinger, Encuentro con los Jóvenes Profesores Universitarios, 2011), que de cierta manera es insaciable. A mi parecer ésta es precisamente, la esencia de la relación entre profesor y estudiante, porque cuando despierta ese anhelo de buscar la verdad, se compromete al ser humano por entero, y por ende se movilizan todas las potencias humanas y se despierta una búsqueda incansable y permanente; ya que, como dice Ratzinger; “la verdad misma siempre va a estar más allá de nuestro alcance”. Con este despertar se ilumina, nada menos, que toda la existencia del hombre. En la misma idea coincide Leonardo Polo, quien afirma que: “el amor a la verdad, insisto, es lo más importante en la formación de un hombre”(Polo, El Profesor Universitario, 1998); y este anhelo auténtico, finalmente, une a ambas existencias de forma perenne.

6. EXPOSICIÓN

6.1 TIPOS DE AMOR

Necesidad de las relaciones

El hombre es un ser de relaciones. Como ha escrito Ortega y Gasset, “el otro existe irremediabilmente y es necesario contar con él”. Se trata, pues, de una realidad evidente que cuestiona, increpa y exige porque, se quiera o no, “los demás me influyen, aunque yo no sea consciente de ese influjo”(Gordillo, 1975). Desde su origen, el hombre revela su carácter comunicativo: “no es bueno que el hombre esté solo” (Gen, 2; 18); el estado de soledad es antinatural y por ello deshumaniza y desfigura al hombre. Séneca decía: “considérate dichoso cuando puedas vivir en público, cuando las paredes te cobijen pero no te escondan”. En el contacto con otras personas, el individuo se descubre y se expansiona; y a través de ellas se libera de la cárcel de su egoísmo, que lo sume, tarde o temprano, en el desasosiego. Es más, sin temor de reduccionismos se puede decir que el abatimiento y turbación del hombre es tantas veces proporcional a su grado de aislamiento.

Todo ser humano vive rodeado de otras personas, con las que establece algún tipo de contacto, pero en la mayoría de casos, esos “conocidos esporádicos “pasan desapercibidos, permitiendo que la sensación de soledad sea ineludible; y la indiferencia se vuelva un modo de vida. La amistad también podría pasar desapercibida y sin embargo suele parecer familiar y cercana, porque como dice Cicerón, “la amistad se entreteje con la vida de todo hombre, de modo que no es posible pasar nuestra existencia sin tratar con ella”(Vázquez de Prada, 1975). En efecto, por la vida de todas las personas ha pasado y pasa el anhelo de amistad; y a pesar de esto, muy pocas veces es acogido y cultivado. Si algún tema merece estudio, es aquel que más relación tiene con vida concreta de la persona: este es el caso de la amistad. Todos tiene algo que decir de ella, por eso existe un amplio matiz de opiniones, lo que es señal “de la complejidad del asunto en cuestión”(Calvo Martínez, s.f.).

La amistad parece tan cercana y a la vez tan extraña; su reflexión se hace esquiva, puesto que se “confunde con frecuencia con sus máscaras” (Aranguren, 2001): la camaradería, el

compañerismo, el romance, la admiración; o inclusive con confraternizaciones rápidas surgidas por “un interés, una explosión sentimental o de un clima de júbilo”(Vázquez de Prada, 1975). El único crisol que se posee para aquilatar su autenticidad es la duración en el tiempo, pues la amistad es un tipo de amor y el amor es eterno: un amor que se termina es que nunca ha existido.

La amistad es un anhelo profundo del corazón del hombre. Para Aristóteles es “uno de los más indispensables requisitos de la vida” (Vázquez de Prada, 1975). Para C. S. Lewis (1960), en cambio, es lo más «innecesario», “es innecesaria como el arte, la filosofía, no tiene valor de supervivencia”. En efecto, la amistad es algo contingente para la mera supervivencia, es decir que “puede ser y puede no ser”. Por esto, muchos hombres viven sin ser, ni tener amigos. Sin embargo, la amistad es absolutamente necesaria para una vida feliz: como dice Lewis, es indispensable para dar valor a la supervivencia. Si no se ama a otro, “jamás podría conocerse (uno) a sí mismo en su intimidad: especialmente jamás conocería lo que es capaz de dar de sí mismo” (Cruz, J citado en Selles 1999). Más aún, el hombre ama verdaderamente cuando puede llamar al otro, tú, quebrantando así su soledad.

Estudiar pues, la amistad, no resulta sencillo. “Es imposible imaginar la amistad al vivo si no se posee de antemano experiencias análogas, siquiera sean rudimentarias”(Vázquez de Prada, 1975); pero a pesar de este y otros obstáculos, se hará un esfuerzo por clasificar las relaciones entre los hombres y ponderar sus alturas o posibles gradaciones. Pretender establecer escalones lógicos puede resultar osado, puesto que tan pronto como se recorra cierta distancia, estarán ya entremezclados los horizontes, porque todos pertenecen a una misma realidad llamada amor. El amor es la vocación más radical en el hombre y al igual que él, tiene algo de misterio, por eso se lo debe estudiar con cautela y humildad, considerando las limitaciones del razonamiento.

Lewis, en su libro titulado: “Los cuatro amores”, y siguiendo a los clásicos griegos, ha establecido cuatro tipos o formas de amor: *eros* o amor de pareja; *storge* o afecto de los padres a su prole; amistad o *philia*, que Aristóteles clasificaba como virtud; y finalmente *ágape*, llamado por el cristianismo como caridad. En la diaria confluencia entre profesor y

alumno, la relación que más se establece podría ser la segunda mencionada por Lewis, y en ciertos casos se dará el salto hacia la amistad.

6.2 Afecto o storge

El ser humano nace desprovisto de bienes, necesitado de otros quienes le guíen, le enseñen, y lo hagan lo suficientemente independiente para incorporarse a la comunidad. En comparación con otros seres, está más desprovisto de recursos físicos, y sin la asistencia de los demás, su desarrollo queda irremediamente frustrado; es más, sin la asistencia de otros, no puede llegar a ser propiamente hombre. Gustave Thibon, refiriéndose a esta indigencia existencial primera, dice: “Dios hizo al hombre... pero lo hizo lo menos posible, refiriéndose a que “el ser humano nace con una forma o modo de ser... pero no formado”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Al hombre “hay que ayudarlo a crecer, porque en otro caso su crecimiento es mucho menor del que es susceptible si no se le ofrece esa ayuda”(Polo, Ayudar a Crecer: Cuestiones de Filosofía de la Educación, s.f.). Su carácter social es, en cierta medida, lo que posibilita su desarrollo operativo. Naturalmente, los llamados a preocuparse de él son sus padres, quienes dan la vida y procuran el desarrollo de sus hijos, proporcionándoles tres bienes: la procreación, la nutrición y la enseñanza, según Santo Tomas de Aquino. Así como, de forma natural, se afanan los progenitores por procurarles tales cuidados, así mismo, naturalmente también, en los hijos surge casi siempre y con el tiempo una espontánea gratitud por el pan y el sacrificio dado en tan corta edad. Se forma así un vínculo, tan fuerte que en muchas ocasiones, los hijos “no pueden corresponder con algo equivalente a los beneficios del padre” (Santo Tomás de Aquino, citado en Millan Puelles, 1979)

A esta relación o vínculo apenas analizado, Lewis lo llama “afecto”, y surge espontáneamente cuando una persona que está en un estado superior, ya sea porque posee más conocimientos, más recursos, más experiencia o mejores medios para transmitirlos - como es el caso del maestro- decide entablar este tipo de relación con una contraparte necesitada de su riqueza personal, cognitiva, afectiva, etc. Es un tipo de amor “preparado y entregado gratuitamente por la naturaleza”(Lewis, 1960), que se asegura del desarrollo de las creaturas. Es una relación amorosa espontánea y casi automática, “como la del

progenitor hacia el hijo, y en la prole hacia el padre; y no sólo entre los hombres sino también incluso entre las aves y la mayoría de los seres vivos”(Aristóteles, s.f.) Es una simpatía surgida de compadecerse de la “invalidez” del otro, más o menos como un instinto de protección.

El que recibe los cuidados, no requiere poseer nada de valioso en sí mismo; ni siquiera debe tener algún atractivo. Por ésta razón; “casi todo el mundo puede ser objeto de afecto”(Lewis, 1960). Así mismo, la *debilios pars* no debe hacer casi ningún esfuerzo por mantener o conservar el afecto, sino tan solo seguir en estado de carencia, porque así el benefactor podrá y deseará socorrerlo. El que brinda el cuidado, por su parte y como es lógico, debe mantener su “superioridad” y su abundante patrimonio humano, que lo capacite constantemente para dar y mantener la voluntad de dar. La relación que mantienen ambos se caracteriza porque el benefactor da pero “necesita ser necesitado”(Lewis, 1960). Esto significa que precisa percatarse de la necesidad del otro y, a su vez, que éste busque su ayuda. Esta es, precisamente, la relación que prima entre padres e hijos.

En el tipo de amor objeto de análisis, no hay otro vínculo de unión que la *carencia*: no hay ideas o intereses comunes, y esto se ve claramente en la relación padres e hijos, entre quienes no hay igualdad sino jerarquía. Se puede decir hasta cierto punto que esta clase de amor no se *escoge*, sino que el destino los ensambla, por esto: “puede unir a quien está más radicalmente separado”(Lewis, 1960). Podría tratarse, en un caso extremo, de personas que, de haber podido elegir, jamás hubieran tenido nada que ver unas con otros, por no poseer ninguna afinidad. En tal relación no existe tampoco *ostentación*, y esto se explica al considerar que a ningún hombre le resulta atractivo, por ejemplo, publicar sus carencias y menos a quien se las cubre: es un amor del que no se habla y por esto dice Lewis que se “es el amor más humilde, no se da importancia”; es como un cariño casero.

En cuanto a otros entornos, el afecto surge con las personas que están cercanas en alguna actividad: vecinos, compañeros, familiares, etc., haciendo que la persona ensanche los propios horizontes mentales y existenciales, porque en este tipo de relaciones entran en juego muchas personas en diversísimas circunstancias, enriquecedoras o aleccionadoras. Es

“un círculo más amplio que el de los amigos”(Lewis, 1960), aunque no falte quienes confundan esas relaciones sociales amplias, desconocidas y hasta impersonales, con amistad, porque en ellas, el individuo encuentra desahogos, endebles soportes y, en ocasiones, mucha desenfundada diversión. Tal es el caso de los “amigos” de las redes sociales o los “amigos de viernes”, con quienes se despiertan similares impulsos de dispersión y distracción; y dada la intensidad de las experiencias comúnmente vividas, engañosamente podrían pasar como una amistad, pero el tiempo se encarga de disiparlas. El afecto en tales relaciones resulta, por tanto, superfluo y pasajero¹.

6.2.1 Afecto y Educación

El afecto, en los términos estudiados hasta el momento, puede tener, aparentemente un carácter unilateral: esto significa que el bienhechor da sin preocuparse por que el otro responda, ya que en no pocos casos (el *nasciturus*, un anciano intelectualmente incapacitado o un paciente con limitaciones que impidan la reciprocidad entre personas), el beneficiado podría no estar siquiera en condiciones de darse cuenta de lo que se hace por él. Sin embargo, en el caso del niño, y a medida que crece, se va haciendo semejante incluso al progenitor y por tanto va sembrando en su seres queridos una modesta esperanza de reconocimiento y hasta de correspondencia, a menos que la persona en crecimiento tenga alguna discapacidad intelectual severa y no se dé cuenta del esfuerzo empleado en él. Muchos afirman que los padres no esperan nada de sus hijos, sin embargo no es una realidad así de tajante: ellos esperan al menos gratitud, es decir, ese reconocimiento de sus esfuerzos y trabajos y, en última instancia, correspondencia de alguna manera hacia ellos. Esto se comprueba al considerar que muchos padres, frente a una relación paterno-filial ordinaria, se “sienten defraudados ante la no correspondencia de sus desvelos”(Vázquez de Prada, 1975).

¹Para estudio de los tipos de amor se ha intentado diferenciarlos incisivamente, pero en la realidad aparecen mezclados los diferentes amores. Un mismo acto de amor en una persona puede ser lo más sublime y excelso, y otro acto de la misma persona puede ser calculador y egoísta. En el caso de los padres, también ocurre así: una corrección puede tener como fondo la enseñanza de una virtud de un bien objetivo y reflejar el amor más desinteresado. Y otra corrección impartida por el mismo padre, incluso en un mismo día, puede tener como fondo el capricho del progenitor y reflejar un “amor” posesivo; más aún, amor a sí mismo.

Por otra parte, a los hijos pequeños, no se les enseña, en sus primeros años, a tener gratitud hacia los padres: ésta surge, al principio, como una inclinación natural, que extiende en muchas ocasiones hacia aquellos con los que han estado muy próximos en su crecimiento, como son los hermanos. Más adelante empieza la formación en el sentido de gratitud. Por tanto, <esperar> no es negativo ni interesado: es natural. El amor paterno filial se funda en la sangre y las inclinaciones naturales, pero no actúa mecánicamente: los padres no pueden confiar absolutamente que serán amados por sus hijos por las simples fuerzas biológicas. Como menciona el pensamiento tomista, los padres realizan una primera generación que es la concepción natural; no obstante, deben asumir una segunda generación que es la educación: “la educación es una prolongación del engendrar y el nutrir de los padres”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000)

Ahora bien, los padres deben ascender a un amor llamado caridad, que es el que les permite educar, algo muy superior al solo hecho biológico de engendrar. Este crecimiento en el amor no es opcional ya que, llegado un momento, el hijo ya no necesita solo afecto, sino que exige una relación humana más profunda, donde entra de lleno la educación:

“La madre ama a diario al hijo que lleva en su pecho sin preocuparle el que el infante le devuelva el afecto que recibe. Pero al despertarse en él la razón sigue recibiendo amor y alimento amasado con trabajo. Este es el instante, que no vuelve, en que es preciso amistarse con el hijo, conocerle y que nos conozca ayudarle y que nos ayude” (Vázquez de Prada, 1975).

De no ser así, el hijo podrá agradecer al padre por darle la vida material y haberle sostenido en la tierna edad; pero podrá sufrir de una carencia de horizontes, o tendrá muy limitada la visión trascendente de la propia vida. Se pueden contar muchos casos en los cuales, el hijo amplía sus miras, despierta a un mundo diferente al que creía existente, pero si lo hace por sus propios medios paga un alto precio, porque “aquella zambullida por los recovecos de la existencia le aleja, le distancia, y al volver la vista atrás es grande el trecho, y el joven se halla solitario”(Vázquez de Prada, 1975). Podrá suceder que, finalmente, se sienta extraño a

sus progenitores, sin otro lazo de unión que la fe en los cuidados prodigados en sus primeros años.

Dando el paso natural siguiente, los profesores apoyan en la formación de los hijos; su misma labor es una extensión del cuidado materno y paterno. Cuando “el padre carnal se revela ya incapaz de asumir la responsabilidad con que le carga la exigencia infantil”, aparece el padre espiritual; el profesor. Éste posee los conocimientos, experiencia, métodos que los estudiantes necesitan, y a su vez él necesita de sus estudiantes, para poder ejercer su profesión.

6.2.2 Salto del afecto a la Amistad

El afecto no debe ser menospreciado o desdeñado, porque puede ser el inicio, el brote de una amistad. Es, en realidad, el primer paso de ella, es ese compañerismo que se puede describir de la siguiente manera:

“Se empieza a simpatizar con el compañero simplemente porque está ahí, pero de pronto sin darse cuenta empieza a abrirse los ojos y se descubre que después de todo en esa persona «hay algo». Y se afirma que pese a no ser «mi tipo» es alguien muy bueno, «a su modo»” (Lewis, 1960)

La mayoría percibe la escena antes descrita como algo muy cercano: al principio se cohabita, por el hecho de compartir un mismo entorno: por obligación. Pero en medio de ese compartir, se despierta a la realidad del otro, se sale de uno mismo para descubrir que, en el otro, hay destellos de bondad y de verdad; tempranamente se intenta buscar similitudes y afinidades. Mas, con todo asombro se descubre que, más allá de las semejanzas con personas conocidas, se trata de un ser diferente, con una luz propia, original, única, y que esa persona y tan solo esa persona puede resplandecer por sí misma, dando al mundo un brillo particular, único e irrepetible.

El afecto es más natural e instintivo que la amistad, que es más bien razonada y voluntaria. La voluntad, asesorada por el intelecto, realiza una elevación del afecto llamada amistad.

“El punto mínimo de apoyo de la amistad lo presta la simpatía natural a la que se sobrepone reflexivamente el querer o no amarse”(Vázquez de Prada, 1975). Pero ¿Cuál es el problema con el afecto? ¿Por qué debe ser elevado por las potencias del alma? ¿No es lo suficientemente bueno?” Si tratamos de vivir sólo de afecto, el afecto «nos hará daño»”(Lewis, 1960), porque presenta unas características que resultan ambivalentes, y puede llegar confundirse con lo más sublime en el hombre: el amor personal, frente al cual el afecto es solo una imagen sensible.

El afecto surge espontáneamente, casi inconscientemente: simplemente se lo siente, no es voluntario. Es más, cuando alguien toma conciencia de tal sentir, es cuando de alguna manera se debe decidir, si continuarlo o confinarlo cuanto antes al pasado. En el afecto no hay ni virtud ni compromiso, y en los casos más lamentables tampoco perfeccionamiento de las partes. Y eso ocurre, entre otros motivos, porque el individuo que sostiene una relación familiar o de enseñanza, por puro afecto, requiere ser *necesitado*; a su vez, puede sentirse herido cuando su tutelado crece, manifiesta no tener necesidad de esa persona y, por tanto está en condiciones de, por decirlo de alguna manera, “desecharlo” de su mundo de intereses.

El afecto viene unido a la “ayuda crónica” (llamada así por Leonardo Polo) acontecida cuando se pone en primer plano la “necesidad de ser necesitado”. En tal estado prima el dar sin intención de dejar de ser necesitado. Es natural querer ser útil para alguien, pero hasta un cierto punto, ya que nadie puede establecerse como imprescindible porque esto no permitiría que los otros adquieran independencia: una cosa es apoyar y otra transformarse en el reemplazo de la autonomía del otro. Pretender que se mantenga indefinidamente como necesitado de uno a alguien, es limitarles su crecimiento. Para ello se recurre comúnmente a artificios tales como crear necesidades imaginarias, la victimización, el mendigar atención, etc. Como dice Lewis (1960) mantener en una “infancia permanente a alguien”, reducirlo a una perpetua invalidez, es absolutamente inhumano, porque le impide despegar, emprender batallas propias.

No se trata de casos patológicos, sino que es una situación lamentablemente común, cuando el ego del que goza de algún tipo de ascendiente quiere ser el centro del mundo o al menos de algún desventurado. Lewis (1960), de forma graciosa, recomienda: “si usted necesita que le necesiten, y en su familia, muy justamente, declinan necesitarle a usted, un animal es obviamente el sucedáneo.”

En armonía con lo estudiado hasta el momento, se puede concluir que el afecto mal encauzado podría llegar a la supresión de la libertad. Una vida sin libertad no se puede llamar propiamente vida; es más, no se puede hablar de educación sin libertad, sino de adiestramiento. Al ser humano se le debe educar para que aprenda a utilizar su libertad, y esto incluye la orientación; pero también es necesario dejar que la persona yerre, se equivoque, si es su libre decisión. Así como el educando se arriesga al fracaso, también se apuesta en él por un acto de gran superioridad, como es el volverse a levantar.

La ayuda “debe ser proporcionada a los requerimientos o necesidades de quien la recibe”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000); y, a su vez, debe irse retirando gradualmente. Si no se empieza a retirar poco a poco la ayuda, no se hace responsable a la persona objeto de formación, no se le da la oportunidad de ejercitar su libertad, de buscar otras rutas. Solo cuando alguien ya no tiene a quien volver los ojos, los vuelve a sí mismo, empieza a descubrirse y saca de sí los medios para valerse por sí misma. Leonardo Polo (1991), ha escrito al respecto:

“La ayuda, en muchas ocasiones, es conveniente, pero con tal de que, en algún momento, no haya necesidad de seguir ayudando. La ayuda debe ser dada con la condición de que llegue el momento que ya no haga falta. Más aún, habría que plantear como objetivo último de la ayuda, la reciprocidad: *Ahora te ayudo a ti, tú me ayudarás después a mí*”.

Los padres y maestros deben estar conscientes de que “la educación consiste estrictamente en ayudar a crecer. No en hacer crecer. Crecer corre a cargo de cada uno. Uno no puede crecer por otro”(Polo, Optimismo ante la vida, 1991) En este tiempo existe una tendencia a

la sobreprotección porque, entre otras cosas, vivimos una época de miedos, y se prefiere “dar haciendo” a dejar correr el riesgo de que algo esté mal hecho o se pierda. Sin embargo, el error puede ser considerado como un eslabón en la larga cadena que conduce al aprendizaje. Además, toda derrota es provisional, porque en el hombre nada está dicho mientras vive. Los padres, con el amor desbordante que los caracteriza, deben tener muy presente que ellos pueden proporcionar medios, recursos, apoyo y respaldo; pero no pueden remplazar a sus hijos: son ellos los que deben abrirse al mundo, poner en funcionamiento sus potencias y habilidades.

Como se ha visto hasta ahora, el afecto en sí mismo, según las características descritas a lo largo de este apartado, es insuficiente: llegado un momento, el corazón humano impone unas exigencias que superan a la desnuda capacidad de afecto, moviéndose espontáneamente a recurrir a la “intervención continua de una clase de amor mucho más alta” (Lewis, 1960). Sobrellevada la simpatía inicial, ésta puede dar paso al amor de predilección, llamado amistad.

6.3 Amistad

Entre los estudios más claros acerca de la amistad, se encuentran los escritos clásicos de Cicerón, Pitágoras, Séneca, Plutarco, Platón, Aristóteles, entre otros. Precisamente del legado antiguo, “la construcción aristotélica es la más sólida y correcta. No precisa de retoques, sino de complemento, y precisión”(Vázquez de Prada, 1975), por esta razón se analizará los libros VIII y IX de “Ética a Nicómaco”, donde se trata del tema de la amistad.

Aristóteles afirma que la amistad es la más elevada virtud de la voluntad, porque “es una virtud activa y rodeada de una constelación de virtudes humanas bellas”(Fernández-Burillo, s.f.). Para que surja la amistad se requiere, como es lógico, de tiempo para poder tratarse. El hombre debe, antes de iniciar cualquier tarea o labor, conocer, porque se va amando a medida que se conoce y, viceversa: se conoce según se ama. Las amistades se forjan lentamente. Al inicio, “contactos inseguros, pasajeros, artificiales, en que las almas no se abrazan, sino que friccionan resbalando sobre sí tangencialmente”(Vázquez de Prada,

1975). Son esos contactos del día a día, entre almas cansadas, anhelantes o decepcionadas; en medio de las ambiciones y correteos; ahí es precisamente donde se encuentra al amigo.

Al recordar sobre un amigo, no se sabe desde cuándo comenzó a serlo o cómo surgió esta amistad; se puede señalar el lugar que se empezaron a compartir, o la experiencia que dio lugar a la presencia de una relación cercana. Tal vez este proceso no se capte al principio, pero al pensarlo detenidamente, se puede comprobar que este mirar al otro es, desde un inicio, tratarle como a un igual, rebajándonos de la artificiosa altura subjetiva donde nos encumbramos muchas veces. Las personas, tantas veces, no buscan amigos sino cumplir con sus ambiciones; y por accidente se tropieza con alguien que empieza a compartir su mismo camino y, tal vez, su mismo destino. De repente se descubren intercambiando opiniones, experiencias, anhelos,... algo que solo se puede iniciar si se ponen mutuamente al alcance: incluso al principiar la amistad “es preciso no mostrarse demasiado exigente”(Vázquez de Prada, 1975).

Aristóteles continúa: “para lograr la perfecta amistad hay que llegar a conocer a un hombre por entero y hacerse su íntimo, lo que no deja de presentar sus dificultades” (Vázquez de Prada, 1975). El estagirita dice que se debe conocer por entero al amigo, desafío obviamente imposible; se conoce lo que “es” en ese momento, sus decisiones fraguadas en una personalidad: “su excelencia es el resultado y la fuente, a la vez, de sus elecciones”(Calvo Martínez, s.f.). Del amigo se conoce algo muy importante: aquello que la persona ama, cuál es su tesoro, conocer eso es saber ya bastante de la persona. Solo cuando uno conoce, se da cuenta de que existe una igualdad, semejanza o proximidad: realidades comunes que, al parecer, ningún otro se ha percatado. Lewis dice por eso que los amigos son los que dan las espaldas al mundo absortos en algún interés, que inicia, a veces, en un solo punto de acuerdo:

“La amistad surge fuera del mero compañerismo cuando dos o más compañeros descubren que tienen en común algunas ideas o intereses o simplemente algunos gustos que los demás no comparten y que hasta ese momento cada uno pensaba que era su propio y único tesoro, o su cruz”(Lewis, 1960)

La amistad puede iniciar por semejanza en cosas insospechadas, esas cosas insospechadas son apenas resquicio de todo el paisaje interior del amigo. Una persona con un interés particular, si solamente él lo percibe, parece un tonto o un loco; pero cuando el otro también lo percibe o al menos se interesa por ello, se enciende la chispa de la amistad. Por eso se dice: “lo que causa y conserva el amor entre las personas es la comunicación”(Fernández-Burillo, s.f.), y Aristóteles advierte: “la falta de conversación ha perdido a más de un amigo”.

Ahora bien, “el deseo de amistad surge pronto, pero no la amistad”(Aristóteles, s.f.), porque a penas alguien siente que ya no está solo sino que se cuenta con alguien más, se siente extasiado. Pero no se debe confundir ese deslumbramiento ilusorio con la amistad, sino que “encontrado ya el posible amigo, hay que someterlo a periodo de espera, porque la amistad es disciplinada”(Vázquez de Prada, 1975) La amistad es entregarse; pero una entrega que ha de lograrse por grados. Al ser esencialmente espiritual hay que “esforzarse por incendiarla desde el comienzo”(Vázquez de Prada, 1975) para acrecentarla y descubrir en diferentes batallas al compañero; y esto requiere la movilización de todas las energías vitales, la puesta en marcha de todas las conquistas internas; requiere además de generosidad y sacrificio. Por eso el amigo es espejo de lo que somos, porque mediante él descubrimos lo que tenemos dentro.

6.3.1 Pilares de la amistad

6.3.1.1 Voluntad de hacer el bien

Cuando dos personas descubren cierta semejanza o parecido entre ellas, seguidamente se dan cuenta que valoran lo mismo, que buscan el mismo bien y que se están dirigiendo hacia él. En este momento aparecen las dos condiciones indispensables de la amistad: la primera es la *voluntad de hacer bien* y la segunda es la *reciprocidad*. La voluntad de hacer el bien es la disposición de buscar el bien del otro, bien sobre el cual ambos están de acuerdo. Ahora quedan otras cuestiones por aclarar: si se quiere el bien para la otra persona: ¿qué

tipo de bien se quiere?, ¿qué produce dicho bien en aquel que lo desea? y ¿de qué manera se lo quiere?

Aristóteles utiliza el término amistad para referirse a diversos tipos de relaciones, tan dispares como la relación entre amigos, compañeros y amantes; esto es debido a que la misma palabra griega *philía* significa “querer” y abarca “todo tipo de relación o de comunidad basado en lazos de afecto”(Calvo Martínez, s.f.)

Paralelamente, el estagirita especifica que todo ser humano persigue tres tipos de bienes: placer, utilidad o el bien de la otra persona. En estos tres se incluyen todos los demás bienes. Según estos tres bienes que se persiguen, existen tres formas de amistad:

1) La amistad por utilidad; se da entre personas que buscan mutuamente obtener alguna ganancia o beneficio. 2) La amistad por placer; se produce cuando las cualidades de la otra persona permiten pasar un momento satisfactorio: las personas “no aman a los ingeniosos o graciosos por tener estas cualidades sino porque les agrada su trato”(Aristóteles, s.f.) 3) La amistad basada en el bien, en la virtud o excelencia del amigo.

Estas amistades tienen en común que desean el bien del amigo. Debe necesariamente existir reciprocidad en cada una de ellas, porque sin reciprocidad la amistad es imposible. En cada una de las tres formas de amistad, se quiere un bien del amigo, por motivos distintos y de maneras distintas:

“En la amistad basada en la utilidad se quiere el bien del amigo por el beneficio que nos reporta, en la amistad basada en el placer se quiere el bien del amigo por el placer que nos proporcionan sus actos y su compañía, en la amistad basada en el bien y en la virtud, en fin, se quiere el bien del amigo por él mismo”(Calvo Martínez, s.f.).

Las amistades basadas en utilidad y placer son amistad de forma accidental; es decir, que son relativas, momentáneas, porque los intereses cambian y entonces ya no resulta agradable la compañía; o la situación mejora y ya no se tiene necesidad de esa conseguir un

beneficio. El estagirita establece como prueba de la amistad verdadera la constancia a lo largo del tiempo; así, aquella amistad que busca placer o utilidad, no dura mucho. Otros autores como Lewis, a este tipo de relaciones ni siquiera las llaman amistad; sin embargo Aristóteles lo hace, consciente de que muchos, casi todos los hombres, llaman amigos también a los que lo son por interés o por placer, pero enfatiza en realizar la distinción de las diversas formas de amistad.

La amistad verdadera es aquella basada en la excelencia, en la virtud del amigo. Todo lo que resulta bello, digno de amor en una persona, todo lo que atrae de ella es, sépase o no, una virtud; es decir, una fuerza interior de esa persona. Se ama ese modo de ser que por repetirlo continuamente, se va convertido en su identidad: las decisiones de esa persona le han ido imprimiendo un carácter. De esta manera, el amigo es querido por sí mismo, no por otro bien secundario que éste pueda proporcionar al amigo interesado; “el papel del amigo no es ser ni aliado, ni benefactor”(Lewis, 1960). Sin duda, un amigo socorrerá al otro en caso de necesidad, pero su valor no está en la cantidad o calidad de la ayuda sino en algo más profundo: en su realidad personal, en su ser y su obrar.

En este momento surge una pregunta: ¿Qué se entiende por “sí mismo”? Según Aristóteles sería “el modo en que uno vive, en el modo en que uno realiza su propia existencia, en definitiva, en las acciones que uno lleva a cabo”(Calvo Martínez, s.f.). Pero ¿son realmente las acciones, la persona en sí misma? Esta pregunta será contestada posteriormente.

El amigo quiere para su amigo todos bienes que le puedan ayudar a ser mejor. Es más, ambos están de acuerdo en lo que es bueno y por tanto lo buscan, por eso se dice los amigos son los que “están de acuerdo en lo que es importante”(Wadell, 2002) ambos están convencidos de cuál es el sumo bien, “seguirán haciendo cosas juntos pero sobre todo compartirán algo inmaterial” (Lewis, 1960). Saben que el bien es uno solo, que contiene todos los demás bienes, y ése se lo desean mutuamente. El bien que persiguen los hace mejores, les infunde la fuerza que da la virtud; por eso sólo los hombres virtuosos están en condiciones de ser verdaderos amigos. El bien que persiguen es incorruptible, eterno y esto es lo que hace que su amistad también lo sea.

6.3.1.2 Crecimiento

Cuando se quiere el bien para el amigo, ¿se produce algún cambio en ambos? Los amigos, mientras más lo son más se parecen; por eso se dice que un hombre es lo que son sus amistades. Además, “la amistad es ambivalente: hace mejores a los hombres buenos y peores a los malos”(Lewis, 1960); de aquí expresiones populares como: “tal para cual”. De esta manera, a los “amigos” que los une el placer mutuo, van haciéndose más lascivos y codiciosos. Los amigos verdaderos son aquellos a los que les une un bien que los hace mejores; el amigo es aquel con el que podemos ser plenamente nosotros mismos, con el que se puede “pensar en voz alta”. Esta posibilidad de interactuar sin recelos es muestra de la mutua confianza, “de mutua afirmación, de comunidad, en el simple hecho de que alguien escuche a otro, y, en principio, confía y < cree > en él” (Pieper, 1966 citado en(Gordillo, 1975)). La amistad auténtica cambia la vida, porque a partir de su aparición en la propia vida se ha producido un perfeccionamiento, que no es obra individual sino conjunta.

“El amigo ve en nosotros cualidades que hemos sido incapaces de ver o que, incluso, si las hubiéramos visto, habríamos sido incapaces de realizarlas sin su presencia”(Wadell, 2002). Cuántos ejemplos de personas que al empezar a compartir con alguien virtuoso empieza a ser mejores a sacar de sí una luz que antes ni habían sospechado. La presencia del amigo le ha impulsado al mejoramiento, porque esa persona lo ve con una mirada de esperanza y eso hace despertar un impulso a “aflorar lo mejor de su ser”; “el hecho de amar y hacer el bien saca lo mejor de nosotros mismos”(Wadell, 2002); y “el amor entra en una persona enaltecendo y purificando la intimidad de su ser”(Vázquez de Prada, 1975).

Con el amigo se logra el crecimiento, entre otros aspectos, a través de la corrección: “el deseo de corregir brota espontáneamente del amor. A mayor intimidad, más acuciante el deseo que compele a remediar sus infortunios e imperfecciones” (Vázquez de Prada, 1975). De los extraños, incluso de los enemigos se puede decir: “allá ellos”; pero a un amigo no se le pasa por alto algo indebido, y la misma confianza impele a decir con toda franqueza lo que desentona en él. El amor debe estar acompañado de obras: es propio del amor ponerse al servicio, “servir es una función del amor. Cuando más ama el hombre, más siente la

necesidad de servir”(Poltawska, 2011). La corrección es la forma concreta de servir en la amistad; y no puede quedar “reducida a caminos sentimentales y palabras cordiales” (Vázquez de Prada, 1975), ésta es, precisamente, la espuela que asegura la veracidad del amor de amistad.

Vásquez de Prada, (1975), realiza una comparación cargada de reflexión, dice que el amigo, es el que está en pie de guerra, armado con una valerosa escuadrilla de virtudes, listas para el combate y si en el trayecto se hallan obstáculos o su amigo es herido, como un soldado en la batalla, carga con él para arrancarle del peligro. Esta ayuda precisa también del buen ejemplo y la puesta en ejercicio de la mutua confianza, valor desacreditado en nuestros días.

La amistad no crece si no se la cuida; y si no crece no se puede hablar propiamente ni de amistad ni de ninguna relación humana trascendente, porque en ellas existe de todo menos inercia o estancamiento. Para que una amistad crezca se requiere de la disposición y firmeza de ánimo, de la convicción y empleo de todas las fuerzas para mantenerse unidos; para responder, corresponder y seguir entregándose al otro cada vez más y mejor: en otras palabras, se requiere lealtad y fidelidad. Estas dos preciadas joyas son las que revisten a la amistad de una magnífica hermosura, porque en el presente crean confianza y “retienen por anticipado el futuro”(Vázquez de Prada, 1975).

Mientras más reveses atraviesen en la amistad, más probada será la autenticidad de la que está hecha y más elocuentemente hablará de la grandeza y heroicidad de los amigos, porque vivir de esta manera requiere renunciamiento, capacidad de sobreponerse y continuar adelante juntos. Como se ve, la amistad es un proceso con sus riesgos: requiere virtudes recias, pues sin ellas no se establecen las sólidas bases que toda amistad exige. Por eso se dice que la amistad es escuela de virtudes y el amigo guía de la virtud, porque para iniciar, mantener y conservar una amistad se necesita desde el inicio sinceridad, franqueza, generosidad, benignidad, fidelidad, lealtad, justicia etc. Pero no solo se requieren los valores mencionados, sino que se descubren ya rescoldos de bellas virtudes humanas subjetivas, como la humildad, la fe, etc.

Dando un paso hacia adelante, conviene plantearse la siguiente pregunta: ¿de qué manera se quiere el bien del otro? La respuesta más coherente es que se debe querer el bien de manera desinteresada. No es simplemente un deseo del bien, sino trabajar para que el otro sea bueno; de esta manera, “el bien del otro se convierte en el proyecto central de nuestra vida”(Wadell, 2002), debido a que “el amor no se conforma con nada y siempre quiere más”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). El amigo que desea y trabaja por el bien del amigo, lo hace de forma totalmente desinteresada, porque le ama y el “amor (...) da una energía activa y gozosa para ocuparte del bien (del otro). El gozo propio de la amistad es la oportunidad de hacer algo noble por la otra persona”(Wadell, 2002), y el amigo es el que se alegra de nuestro bien y se entristece de nuestro mal, según Aristóteles.

Pese a que el amigo busca solamente el bien para su amigo, éste encuentra, paradójicamente, su propio bien; pero para esto debe “no buscarlo directamente”(Wadell, 2002). Y a pesar de no buscar nada para sí, su vida crece en sentido y se hace significativa cuando obra por el bien del amigo. En conclusión, para que haya amistad, debe existir la voluntad de hacer el bien, de trabajar por el máximo bien del amigo de forma totalmente desinteresada, en una sincera participación recíproca de amistad, como se verá a continuación.

6.3.1.3 Reciprocidad

La segunda condición para que exista amistad es la *reciprocidad*. No basta querer el bien para la otra persona; es preciso que esta persona lo sepa, corresponda y busque el bien para el amigo. El afecto ya estudiado es unilateral, la amistad por el contrario es bilateral: da y espera una respuesta de amistad. Ortega y Gasset dice que “el hombre está esencialmente abierto al otro, es algo permanente y constitutivo en él, no una actitud que decide emprenderse”. El amigo es aquel que, considerando esa apertura la corresponde.

A diferencia de la amistad, la benevolencia es querer el bien para el otro, aunque no exista correspondencia. Aristóteles, dice: “llamamos benévolo a los que le desean bienes a otro de parte del cual no hay reciprocidad, pues, cuando la benevolencia es correspondida,

entonces ya es amistad”. Intentar la amistad de alguien que no posee la misma disposición es doloroso, frustrante y llega a cansar. Por eso Wadell (2002), ha escrito: “no hay cosa más triste que amar y dedicarse a una persona que no demuestra afecto o preocupación por nosotros”. Se puede tener toda la buena intención, la benevolencia hacia alguien, pero si aquella no corresponde, jamás se lo podrá llamar amigo. La amistad es dar y recibir, es ofrecer la buena voluntad, esperar que el otro la reciba y empiece a dar de sí.

Al leer la descripción de lo que es la amistad, muchos pueden pensar que se trata de una utopía, de un ideal irrealizable ya que en la mayoría de los casos, pocas amistades son auténticas. Con razón, Cicerón advertía sobre la amistad que “pocos la valoran, porque son pocos los que la experimentan”. El mismo Aristóteles ha dicho: “por supuesto, estas amistades son extraordinarias, porque hombres así hay pocos; además, requieren de tiempo y trato”. Esto explica por qué en este tiempo de prisas, la amistad se convierte en un tesoro cada vez más raro, y muy pocos invierten su tiempo en cultivarla.

La amistad se hace cada vez más impensable, porque viene acompañada de otra joya igualmente escasa: la voluntad de compromiso. Cuando se describió el afecto, se lo presentó como algo necesario, que llega a ser casi un derecho. En la amistad ocurre lo contrario: “no tengo la obligación de ser amigo de nadie, y ningún ser humano en el mundo tiene el deber de serlo mío.”(Lewis, 1960). Aunque Aristóteles la presente como algo necesario, es más bien contingente, que depende de la voluntad: por tanto puede serlo o no. “Sobre el desorganizado conjunto de atracciones o repulsiones actúa libremente la voluntad”(Vázquez de Prada, 1975). La voluntad que escoge sacar apenas a unos pocos de la gran masa de anónimos. El punto álgido de la amistad ocurre cuando hay que comprometerse en la recíproca mejora: “al igual que el matrimonio, requiere una promesa de ambos de buscar que el compañero sea bueno”(Wadell, 2002).

6.3.2 *Compenetrarse*

“La esencia de la amistad reside en el compartir, en el conversar y en el compenetrarse”(Polo, La Amistad en Aristóteles, 1999). Compenetrarse es unificarse en

pensamiento y acción, en formar una comunidad viva, una vinculación interior, es comunicación de almas. Sin embargo ¿cómo se alcanza eso?, al parecer no basta con conocer o tener aficiones o gustos comunes, no basta con reconocer el bien del otro y potenciarlo: todos estos elementos son un requisito para la amistad, pero no son en sí la amistad. Entonces ¿qué es lo que permite la compenetración? Lo que termina por condensar a los amigos es la confidencia. “Los amigos mantienen confidencia; se transparentan entre sí, se revelan sus secretos”(Rodríguez Sierra, 2009). Vulgarmente, se podría mal entender a la confidencia como confesión oculta, superficial, burlesca o ridícula de uno mismo.

Todas las personas atraviesan momentos difíciles con dudas e incertidumbres; y todas demandan un desaguadero donde verter sus penas: esto es natural, saludable y en algunos casos es una necesidad psíquica-moral. El problema ocurre cuando el supuesto diálogo se convierte en un monólogo asistido, cuando aquel que narra su mundo interior no está dispuesto a escuchar ni comprender lo que su receptor le pueda decir: a esta situación se la se llama simplemente desahogo. Se lo busca como “medio de satisfacer un apremio psíquico (...); es lícito, pero no debe caer en egoísmo”(Vázquez de Prada, 1975).

La confidencia es un contacto, un encuentro, un intercambio y comunicación de los pensamientos más profundos, de aquellos que sostienen toda la existencia. Se comunica las experiencias, los pensamientos, las esperanzas y los gozos que, al ser compartidos, se transforman de alguna manera en formas de participación en la vida del amigo. “Se requiere de la mutua participación para entablar y mantener la relación”(Rodríguez Sierra, 2009). La confidencia surge espontáneamente del *diálogo*, y en ella, el amigo puede “conocerse y dejarse conocer, hablar y saber escuchar”(Vázquez de Prada, 1975): es, por tanto, un presupuesto de la amistad.

Otra de las realidades que más compenetra a los amigos es el dolor, que en no pocas ocasiones es el resultado de la coherencia con las ideas. Jean Guilton ha escrito: “sólo se cree realmente aquello por lo que aceptaría sufrir”. Los amigos han formado una comunidad que, gracias al dolor, profundiza en su comunión y en ella “florece la confianza,

la admiración y el respeto”(Lewis, 1960). Sin admiración mutua, sin amor de apreciación, no existe amistad: sobre eso se debe volver continuamente, porque es la base de la relación.

Por último, la amistad es expansiva: debe comunicarse. Busca que más personas entren en el grupo donde “el elemento de separación, de indiferencia o de sordera, por lo menos en algunos aspectos, frente a las voces del mundo exterior, es común a todas las amistades” (Lewis, 1960). Además, hay un deseo de crecimiento numérico que es hasta espontáneo, pues “lograda una firme amistad se obtienen las demás por añadidura”(Vázquez de Prada, 1975). Al amigo no le importa que la amistad sea compartida por más individuos: es más, lo quiere así porque descubre en ello un mayor enriquecimiento de todas las partes involucradas en esa amistad.

6.4 Caridad

La amistad, con ser un gran bien, “parece todavía escasa respecto a la intensidad del amor personal”(Selles, 1999). Quedan, por tanto, algunas dudas por abordar. ¿Por qué respetados autores creen que la amistad es un bien exclusivo de las personas buenas o virtuosas? Como si la amistad fuera un premio por “ser buenos”, o “una recompensa por nuestra capacidad de elegir y por nuestro buen gusto de encontrarnos unos a otros”(Lewis, 1960) ¿Qué ocurre con incontables relaciones honestas que no cumplen las altas exigencia de la amistad greco-latina? Muchas de las repuestas a estas dudas se encuentran en el cristianismo; pero esto remite el estudio a otra pregunta ¿qué es lo que un auténtico cristiano entiende por amistad?

El cristianismo acoge lo estudiado hasta el momento, en torno a la benevolencia mutua, pero mediante el testimonio de la vida de Cristo, lo eleva y perfecciona. Como consta en los escritos del Nuevo Testamento, Jesús era llamado <maestro>, porque debido a su infinita sabiduría, era seguido por muchos discípulos, a los cuales llamó, a su vez, amigos. Los amó inmensa e impensablemente, más de lo que ellos se daban cuenta y más de lo que ellos pudieran corresponderle. Además, les revela los secretos de su Reino: “ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; pero os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre” (Lc. 15, 15).

Como testimonio hecho vida, Jesús “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”. (Jn. 13, 1), dio su vida por ellos, con una muerte afrentosa en cruz, frente a cuyo escándalo, todos sus “amigos” lo abandonaron. Ellos fueron infieles, pero él permaneció fiel, y volvió a llamarlos, a buscarlos y a confiarles de nuevo las tareas más delicadas. Enseñó con su misma vida cómo amar, hasta llegar a darles como tarea: “les doy un mandamiento nuevo: que se amen los unos a los otros. Ustedes deben amarse unos a otros como yo los he amado. En esto reconocerán todos que son mis discípulos, en que se amen unos a otros” (Jn, 13, 34-35). De esta manera, y para aquellos que viven, de verdad, la enseñanza de Cristo, “he aquí que en adelante la víctima perdonando al verdugo, lo llama hermano; que el esclavo ama a su amo y le da la paz; el amo reconciliado se arrodilla y el enemigo que ha venido a golpear conoce la dulzura de un beso de amistad”(Louf, 1986)

Para Aristóteles es totalmente impensable que los hombres sean amigos de los dioses, porque en una amistad debe haber semejanza; de tal forma que cuando los amigos se distancian demasiado, dejan de serlo. Según la fe cristiana, Jesús es Hijo de Dios y por tanto demuestra que Dios puede ser amigo de los hombres; y esto se puede lograr porque él mismo acorta la infinita distancia que los separa, la acorta precisamente abajándose: “el amor todas las cosas iguala”(Wadell, 2002); y “quienes se aman procuran acortar las distancias, asemejarse, asimilarse”(Rodríguez Sierra, 2009). Así, “la amistad cristiana contrasta con el sentido pagano de la amistad, que era exclusivista: se amaba al amigo y se odiaba al enemigo”(Polo, La Amistad en Aristóteles, 1999). Cristo hace desaparecer esos límites: “mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar.”(Ratzinger, Deus Caritas est, 2005).

Basado en el denominado “mandamiento nuevo”, los cristianos coherentes con las enseñanzas de su maestro no establecen rangos o restricciones para amar. Aristóteles menciona que los únicos capaces de amar por sí mismos son los virtuosos. Mas ¿qué es querer por “sí mismo” a alguien? ¿Es quererlo por sus virtudes? En este caso, como afirma, Laín Entralgo, se lo quiere al amigo por su excelencia o, mejor dicho, por lo que él ha hecho de sí mismo, por “la realización particular de la naturaleza humana en un alto grado de perfección”(Calvo Martínez, s.f.). En último caso, no se lo quiere por lo que *es*, sino por

lo que se ha hecho a base de acciones y decisiones puestas por obra. Aristóteles repite que “el amigo es otro yo”, es decir, que se quiere al amigo porque es como un espejo que refleja la propia figura; entonces, a quien se ama realmente es a sí mismo. Según la concepción aristotélica, la amistad hace a los buenos, mejores, y a los malos, peores; entonces, lo que se persigue en la amistad clásica es la realización individual de la naturaleza humana, siendo la perfección moral la meta de la amistad, que aunque ardua y admirable, sigue todavía sin trascender o salir del propio ser.

He aquí la novedad. El cristianismo propone que se busque el bien de la otra persona, pero sobre todo que se salga al encuentro de la misma persona como el bien más precioso y *amable* por sí mismo. No se busca conseguir un bien a través de ella, porque, aunque en toda la amistad se comparten placeres, diversión, compañía, etc., lo más importante es *la persona misma*: lo demás estorba, distrae de la “superabundancia del ser” del amigo. Este es el auténtico amor desinteresado: aquel que se ha dejado transfigurar por una amistad divina. La caridad es la única explicación para encontrar amistades tan dispares, donde uno “apalanca la buena voluntad en las virtudes, cortas o crecidas, del amigo hacedero”(Vázquez de Prada, 1975). Este tipo de amigo puede identificar las pequeñas semillas de bondad del ser que se le aproxima, y acoger sus defectos como algo que puede ser fruto de remedio, en mayor o menor grado. En ese momento ocurre algo muy peculiar entre los amigos: ambos empiezan una “marcha ascensional, en donde no importa tanto el grado o número de virtudes cuanto su escalonada e infatigable conquista”(Vázquez de Prada, 1975) en la cual ambos crecen, según su propio porte y volumen. Y “en un círculo de verdaderos amigos cada persona es simplemente lo que es: solamente ella misma”(Lewis, 1960).

Para los griegos “no es posible ser amigo de muchos con amistad perfecta ni tampoco amar a muchos a la vez”(Aristóteles, s.f.). Por su parte, el cristianismo da a la amistad un carácter *universal*, y entonces se puede ser amigo de los “indignos de amor” y de los “viciosos”, porque se posee una amistad con Dios, que permite actuar como Él y así “amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí”(Ratzinger, *Deus Caritas est*, 2005).

Para el cristianismo, pues, caridad es amistad con Dios, es una virtud sobrenatural (un don) que impulsa a otras virtudes divinas y humanas, todas esas necesarias para la amistad. Para Tomás de Aquino, contrariamente a Aristóteles, la amistad no es en sí mismo una virtud: sólo se convierte en virtud cuando es impulsada por la caridad.

6.5 FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

6.5.1 *Necesidad y posibilidad de educación*

En este siglo, la educación es concebida como el antídoto para cualquier mal social. Se ha “aceptado como axioma indiscutido que la educación es la “fábrica” de los individuos... para una sociedad justa, solidaria y democrática”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). La importancia dada a la educación es asombrosa: “en tiempos pasados bastaba un periodo de cuatro o de seis años de escolaridad..., hoy se duplica el tiempo de escolaridad obligatoria”; incluso se habla de la educación continua. El mundo ha atravesado cambios que han modificado, también, a la escuela, porque como decía Ortega “los vientos que soplan en la sociedad son los que mueven a la escuela”(Polo, Ayudar a Crecer: Cuestiones de Filosofía de la Educación, s.f.).

Estudios, propuestas y descubrimientos en temas educativos han desbordado las bibliotecas, todas ellas con sus luces y sus oscuridades. Intentan atender a los diferentes inconvenientes que ésta política plantea: “más estudiantes, más tiempo de vida escolar, más conocimiento”(García Hoz V. , 1960). Las profundas inquietudes no solo se han quedado en ideas, sino que han surgido movimientos pedagógicos que se han desarrollado con gran vivacidad. “Pero todo este movimiento, a pesar de su intensidad ha sido incapaz de producir resultados precisos y duraderos” (Woronecky, H. 1925 citado en (Millan Puelles, 1979). Muy pocos se han percatado que el problema de la educación radica en que ésta ha perdido su “punto de orientación: la idea clara del destino del hombre y los caminos que conducen a él” (Woronecky, H. 1925 citado en: Millan Puelles, 1979).

El hombre es un ser social por naturaleza, y eso no se refiere a una “mera tendencia gregaria, sino (a una) parte esencial de su existencia, que no puede darse como tal –como propiamente humana– sin la concurrencia de otras existencias” (Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). De hecho, la misma posibilidad de la educación tiene un fundamento en el carácter social del hombre. Nadie en absoluto ha aprendido algo por sí solo; en sentido estricto nadie es autodidacta, todos se han enriquecido de conquistas anteriores, de culturas pasadas. La educación es esencialmente una actividad del hombre en el hombre; es

“actualización de la cultura” y la cultura es, a su vez, condición necesaria para la humanización de la vida del hombre, porque el hombre no puede crecer “sino a condición de ser auxiliado por la experiencia colectiva que las generaciones pasadas han acumulado y conservado, y por una transmisión regular de los conocimientos adquiridos” (Maritain, citado en; Ibáñez-Martín, 1987). Cultura, entendida en el sentido más estricto, es saber teórico y práctico del hombre, modo de hacer, cultivo; y ella puede ser “intervenida, modificada y perfeccionada por la acción del hombre”(García Hoz V. , 1960)

La educación, al igual que la política, la religión y la amistad, es una cuestión donde todos pueden aportar algo, porque “todo el mundo ha recibido educación o, cuando menos ha sido sometido a unas actividades que conoció con ese nombre”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Todos hablan de educación, ella es reverenciada y engalanada, es un “sector estratégico” que se lo puede abordar desde diferentes perspectivas. Rufino Blanco, en su “Enciclopedia Pedagógica”, ha reunido ciento ochenta y cuatro definiciones autorizadas referentes a la palabra <educación>, “correspondientes a autores de todos los tiempo y lugares de la civilización occidental”(García Hoz V. , 1960). Posiblemente haya manuales donde encontrar un texto que diga: “educación es...”, pero ese concepto siempre requerirá una concienzuda reflexión, un conocimiento previo de muchas otras materias. La educación, sin duda, tiene algo de misterio porque su materia versa sobre un misterio mayor: la persona, a quien se debe mirar con reverencia, “no como si se hallara en una penumbra o una oscuridad, sino más bien dándonos cuenta de que la envuelve una luz demasiado densa para nuestra mirada”(Clément, 1974). Se debe admitir que muchas veces el problema está en la debilidad que los propios ojos puedan captar al ser humano, objeto y fin de la educación.

6.5.2 *Concepto de educación*

¿Qué se entiende vulgarmente por educación? En medio de un mundo fuertemente utilitarista, se cree que la educación es un boleto de acceso a un aumento de las posibilidades económicas, y por eso se exalta tanto la educación como sinónimo de progreso y desarrollo técnico de una nación. Se cree que la educación capacita para un ingreso a un determinado grupo social catalogado como superior, con una forma de vida

más sofisticada y refinada. Se piensa que la educación es enseñar un buen comportamiento, cortés y amable, con unos modales y un hablar culto. En conclusión, se entiende muchas veces a la educación desde sus efectos, desde el comportamiento exterior que la causa, y esta forma de entenderla no está tan alejada de la realidad debido a que la educación es un fenómeno que ocasiona un cambio que se percibe también exteriormente, pero éste es solo una minucia frente al movimiento esencialmente interior que produce.

El estudio de la etimología es otra fuente importante para la definición de conceptos. La etimología remite al sentido primitivo de la palabra, a las cosas relacionadas con la materia en estudio, pero sobre todo conduce a la reflexión sobre la amplitud de su significado. “Educación” procede de dos vocablos; “educare” y “educere”. 1) *Educare*, que significa “criar, cuidar, alimentar, formar o instruir”, está emparentado con <ducere>, que significa “conducir”, “llevar un hombre de un estado a otro, de una situación a otra”(García Hoz V. , 1960); “y en voz pasiva *crecer*”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). 2) *Educere* significa, por su parte, “sacar o extraer, avanzar, elevar”; por tanto la educación sería sacar algo del interior del hombre. La variedad de matices y palabras asociadas al vocablo “educación” podría llevarnos a un resultado confuso, incluso contrapuesto y, sin embargo esto es una importante muestra de la “pluralidad de dimensiones operativas que encierra la educación”(García Hoz V. , 1960).

Para aclarar el asunto de estudio, se puede decir que estamos frente a dos facetas de la educación: por una parte <educare> remite a la consideración de que la educación es un proceso, un movimiento. Y <educere> indica que la educación no se queda en sus efectos exteriores, sino que es sobre todo una acción interior. “Existe una unidad bajo la variedad”(Millan Puelles, 1979) de acepciones, y está se encuentra en tres rasgos fundamentales: 1) el hombre sometido a educación experimenta una *modificación*; 2) no es cualquier modificación, sino que está cargada de sentido y dirección, apunta a un estado superior, a un *perfeccionamiento* o mejoramiento; y finalmente 3) el perfeccionamiento se da por la mediación de otra persona, que da y que recibe una respuesta; es decir, se produce esencialmente a través de una *relación*. De esta manera se logra cierta unidad y armonía conceptual, donde la “acepción más alta supone la más baja, que es la originaria e inmediata”(Millan Puelles, 1979).

6.5.2.1 Perfeccionamiento

La concepción vulgar de educación lleva razón cuando dice que los efectos de la educación se plasman a través de un comportamiento externo. Sin embargo esto puede hacer suponer, erróneamente, que la educación crea nuevos seres. La escuela no es un taller donde se elabora “gente educada”, según los intereses de la sociedad. Esta actúa sobre un ser que ya existe, sobre un “ser esencialmente constituido”(Millan Puelles, 1979). Así, “los efectos del proceso educativo no están en la aparición de nuevos seres humanos, sino en la aparición de nuevas formas, de nuevos modos de ser del hombre”(García Hoz V. , 1960).

La educación no es, por tanto, un *conducir* a cualquier lugar, sino un conducir hacia un estado superior: “no se puede considerar educativa aquella asistencia que no busque intencionalmente elevar a quien la recibe”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). El estado superior puede ser concebido bajo dos aspectos, que se entretajan y se necesitan mutuamente: por una parte la ordenación de sus aptitudes naturales y por otra la apertura a su fin personal. Maritain escribe al respecto, según la cita de Millán Puelles:

“Nuestro primer deber, según unas profundas palabras que no son de Nietzsche sino de Píndaro, es llegar a ser lo que somos, nada hay más importante para cada uno de nosotros y nada más difícil que llegar a ser un hombre. De modo que la primera finalidad de la educación es formar al hombre, o más bien guiar en el desenvolvimiento dinámico por el que el hombre se forma a sí mismo y llega a ser hombre” (Millan Puelles, 1979)

La cuestión esencial, en educación, se resume en una pregunta, formulada por Sócrates: ¿Qué es el hombre? Y en último término: ¿Quién es el hombre? Un mito griego responde con mucho realismo a estas preguntas: el hombre es como Eros, dios del amor; hijo de Penia, diosa de la indigencia y Poros, dios de la abundancia. Por tanto el hombre, como buen hijo de su madre, “se caracteriza por su radical indigencia”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Esto se evidencia al constatar que es el más indefenso de los seres. Pero como digno hijo de su padre busca excederse, tiene un ansia de infinito, de escalar las más altas cúspides.

El hombre es un ser que tiende a la perfección, y estrechamente ligado a esta tendencia se encuentra su fin; porque si se habla de conducción, ¿hacia dónde se conduce?, ¿cuál es su estado perfecto?, ¿cuál es el fin de este proceso?, ¿logra verdaderamente alcanzar su anhelada su perfección?, ¿hasta qué momento debe ser educado? En este momento histórico, los profesores pretenden esforzarse por estar al día frente a la gran cantidad de recursos didácticos que le ofrece el mercado, pero en ocasiones se olvidan que estos son solo recursos, y si se les da mucha importancia, pueden hacer que se pierda de vista el fin.

Una educación que pretenda conducir al ser humano a su fin, debe enfocarse en desarrollar en él la más humana de sus capacidades: la razón; debe procurar la formación de su impulso más importante: la apertura al conocimiento. Su necesidad más vital es comprenderse así mismo y comprender al mundo que lo rodea, para encontrar su lugar y destino. El niño, desde su más tierna edad experimenta inquietud frente al mundo que lo rodea y empieza a con sus primeros interrogantes sobre el “qué” y el “para qué”. Frente a esto, muchos adultos se desconciertan o pierden la paciencia: aunque el hombre nace con la facultad de la razón, no nace haciendo uso de ella. Como dice Maritain, el ser humano está “dotado de un poder de conocer que es ilimitado y que, no obstante, debe avanzar paso a paso”(Ibáñez-Martín, 1987).

Éste es el deber del educador: acompañar activamente al educando en su larga preparación, asentada ésta sobre la facultad de la inteligencia, que lo distingue de los demás seres vivos. Al trabajar en la facultad más propia del hombre, se logra integrar todas sus demás dimensiones, porque “la racionalidad no es excluyente, sino integradora de las restantes potencias humanas”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). En la educación, para el que un conocimiento “pueda considerarse como educativo, debe ser tal que ante todo mejore la inteligencia en sí misma”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000).

6.5.2.2 Relación

La educación no es un proceso espontáneo o natural, sino que requiere de la intención de una persona, que desea conducir a otra, a un estado de mayor perfección. Al haber dos personas implicadas, se establece entre ellos una relación, la misma que da lugar a una complementaria definición de educación: “activa e intencional relación interpersonal entre

adulto y no adulto (...) entre una persona rica que da y, dando, se enriquece, y otra persona en desarrollo que recibe”(Braido, y otros, 1937). Solo se puede hablar de educación si es que existe una relación “como conjunción de a las acciones de los diversos sujetos”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000).

Otro término usado para referirse a educación es el de “formación”. La palabra “formación” se refiere a “dar forma a lo informe o una nueva forma a lo ya formado”(García Hoz V. , 1960). Viéndolo de este modo, es aun más patente la necesidad de una relación, porque para “dar forma”, debe haber necesariamente la participación de dos personas: el educador y el educando. El estudiante, por su “impulso natural de crecimiento” y por la plena etapa de desarrollo en la que se encuentra, se halla normalmente dispuesto a iniciar esa relación, aprovechando todo el conocimiento que el educador le pueda o le quiera dar.

Innumerables profesores y profesionales de corte humanístico temen “involucrarse demasiado”; y consideran que si establecen una relación con sus “usuarios”, están actuando de forma “poco profesional”. De lo que no se percatan es que no se puede dividir a la otra persona ni es posible tampoco parcelar al educador: el ser humano es el que es, siempre y en todo lugar; toda ayuda debe hacerse desde su unicidad, y lo demás son paliativos que no edifican conocimiento sobre terreno firme. La paradoja de la educación contemporánea es ésta: “tratar al sujeto como objeto”(Gordillo, 1975). Es necesario combinar la subjetividad de la relación con la objetividad de la educación. Rogers dice que si se quiere “ayudar en profundidad a una persona es necesario actuar al nivel también personal, sin parapetarse tras unas técnicas o esconderse tras una fachada profesional”(Gordillo, 1975).

Por su parte, el desarrollo, al contrario de la educación, es natural, espontáneo y casi automático; tan expansivo como una flor que se abre al sol. Es a la vez el mayor aliado de la educación, la realidad más favorable y por la cual se puede contar con que el educando esté abierto al mundo y a la formación que el educador le presente. Por eso, en la mayoría de casos, la responsabilidad de que se dé la relación educativa depende del educador que, contando con experiencia más años de vida, es quien conduce ese despliegue espontáneo, propio del desarrollo. De esta manera, Tomás de Aquino llega a decir: “el educador tiene

que hacer las cosas a su tiempo, en su oportunidad, cuando son necesarias y posibles”(Millan Puelles, 1979).

Con el avance de los medios electrónicos de comunicación, la educación a distancia está en expansión y muchos de los profesionales de diferentes áreas han podido surgir gracias a su ímpetu y empeño por auto-prepararse. En esta época, el mejor profesor parece ser un buscador de la internet, por ser accesible y constante; quedando en segundo plano el “profesor al que hay que analizar su rostro cada mañana para saber con qué pie entra en clase, o bien el profesor de reacciones desmedidas, que tiende a matar mosquitos con balas de cañón” (Ibáñez-Langlois, Diego, citado en; Quiroga, 2003).

Aunque se pueden aprender muchísimas cosas valiosas por uno mismo, esto no se puede llamar propiamente educación sino aprendizaje o descubrimiento, que puede ser muy formativo, e inclusive puede perfeccionar a la persona. La educación verdadera se da en el marco de una relación, porque nadie educa “sin contar con reciprocidad en la actuación del otro; dicho de otro modo no se puede educar uno mismo, ni tampoco se puede educar sin contar con la respuesta activa de quien se educa.”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000).

6.6 Enseñar: signos

Como se ha estudiado, la educación es una actuación humana, tal vez la más ardua y dinámica. Toda actuación humana, cualquiera que sea, posee dos partes: el fin objetivo de la acción y el fin subjetivo del agente. El fin objetivo es aquello que se consigue propiamente al realizar ciertos movimientos; involucra un proceso que cesa cuando se obtiene un producto final. El fin subjetivo es aquello por lo que un sujeto inicia el movimiento: no se obtiene ningún producto externo y es algo interno; por tanto, se realiza instantáneamente y se cumple el fin en el preciso momento en que se ejecuta el acto. Es lo que se conoce clásicamente como *finis operis* o fin de la obra y *finis operatis* o fin del operante. También se los puede llamar actividad y acción respectivamente.

En la educación, estas dos dimensiones de actividad y acción corresponden a dos comportamientos esenciales: enseñar y aprender. Enseñar es predominantemente una actividad; es decir, es mayormente externa. Aprender es predominantemente una acción, y

es mayormente interna. “Son dos sujetos implicados, que deben integrar su actuación, siendo cada una de ellas radicalmente diversa de la otra: la enseñanza es actividad y aprender es acción”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). El profesor armado de un amplio repertorio de técnicas didácticas y del principal vehículo de comunicación, que es la palabra, busca mover interiormente a sus estudiantes a través de la comunicación, apoyada en técnicas didácticas apropiadas.

Enseñar deriva del vocablo griego <insignare>, que significa marcar, delimitar, señalar. La enseñanza es fundamentalmente una actuación comunicativa, y por eso no puede prescindir del lenguaje. El profesor es aquel que “traer las cosas a la presencia del que aprende (...). No se puede aprender nada si no es a través de *signos*”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Los dos signos más eficientes son las imágenes y las palabras; ellos son el gran “factor extrínseco que hace que se llegue a la vida espiritual”(Braido, y otros, 1937). Mediante el uso de estos signos, se puede incentivar al estudiante a extraer el universal o esencia de las cosas, e ir construyendo experiencias intelectuales del mundo. El propio maestro es el principal signo capaz de “encender en el educando la chispa del ejercicio efectivo de la vida espiritual”(Braido, y otros, 1937): es el que da vida a los demás signos, y por tanto debe usarlos con habilidad.

Hay unos signos más valiosos que otros. En esta era digital, las imágenes se tienen en alta estima. El desarrollo tecnológico ha mejorado los medios visuales y los ha hecho más accesibles. La tecnología aplicada a la educación es toda una especialización que está tomando gran importancia. El mundo del internet, con sus aplicaciones y tutoriales basados en imágenes, puede parecer un educador más eficaz que los de las aulas, y esto hace pensar sobre la inminente extinción del profesional docente. Sin embargo, si bien las imágenes son valiosas, y “una imagen dice más que mil palabras, lo que dice una palabra no lo dicen mil imágenes”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). La palabra es el principal signo para la movilización del pensamiento, que es el objetivo propio de la educación.

6.7 Aprender: contemplación

El estudiante por su parte debe aprender; y esto implica una acción intelectual que suscita una actuación volitiva, en términos filosóficos. Por su parte, psicológicamente hablando, aprender es la adquisición de un conocimiento que modifica una conducta. Ambas definiciones tienen correspondencia mutua. Un conocimiento llega a ser aprendizaje cuando el estudiante que la recibe comprende, y por esa comprensión acepta o rechaza, quiere o desprecia; pero nunca se queda indiferente. A lo largo de la vida, el ser humano recibe muchos aprendizajes, ya que se trata del ser que <lo aprende todo>; pero no todo aprendizaje lo hace mejor ni todo aprendizaje requiere una actuación interior. Son educativos aquellos aprendizajes que suscitan una acción interior, un perfeccionamiento en alguna potencia humana. Por ejemplo, un artesano que tenga mucha habilidad y destreza operativa, pero no tenga conocimiento de lo que hace, se puede decir que es un excelente técnico, pero no propiamente que es un hombre educado.

Aprender es el acto interior más importante que realiza el ser humano; y es una de las mayores fuentes de alegría porque entonces y solo entonces, se empieza a caer en cuenta del mundo exterior, contemplándolo y haciendo sobre él una consideración profunda. El término “contemplación” está estigmatizado: se lo toma como un letargo o como algo místico o celestial, destinado para unos pocos “pacientes” y, sin embargo, “la contemplación no tiene nada de excelsa; es, eso sí, una acción excelente, pero su nivel de cotidianidad es el mismo del conocimiento o del amor; de hecho es la integración de ambos”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Contemplar es “darse cuenta” de algo, conocerlo y tender a ello; es la fusión o “fundición” entre entendimiento y voluntad; es comprender y querer. Quien contempla, aparentemente mantiene una inactividad externa, pero esta supuesta pasividad es el efecto de la intensa actuación interior.

La lección, la prueba, el cuestionario, el trabajo son instrumentos dentro del gran fenómeno del aprender; son actividades en el marco de una acción propia del estudiante: aprender. El profesor cuenta con estos instrumentos para evidenciar la actividad del estudiante; y su trabajo termina, hasta cierto punto, cuando los estudiantes rinden los exámenes finales. En cambio, en el estudiante continúa la gran obra de la construcción del pensamiento; y

muchas veces el profesor es totalmente inconsciente de la influencia que ha ejercido en el estudiante, en quien ha despertado un afán de seguir aprendiendo y una gran alegría al ver al mundo como antes no lo veía.

7. Argumentación

7.1 RELACIÓN EDUCATIVA

“Todos los profesores dejan huella en el espíritu de sus educandos”(Ibáñez-Martín, 1987). Para que un profesor eduque, debe necesariamente entrar en relación con el estudiante: “toda la enseñanza es ante todo una relación humana cuyo sentido varía con la edad y la personalidad de los que se ha relacionado”(Gusdorf, 1973). Toda relación es a la vez un enfrentamiento, en el que existen riesgos. La pregunta central sería: ¿qué tipo de relación se debe establecer entre profesor y educando? Y muy de la mano: ¿cómo debe darse la comunicación en este tipo de relación?; porque la comunicación con los otros es la esencia misma de la educación.

En términos generales, se pueden establecer tres tipos de relaciones: de afecto, amistad y caridad. En el primer caso se da una *comunicación objetiva*; y en los dos últimos, la *comunicación es subjetiva, existencia, personal o interpersonal*, según los diversos nombres que les dan los autores que las estudian. Por su parte, según el tipo de relación que se establezca, así también será el grado del conocimiento transmitido. Leonardo Polo distingue tres grados ascendentes de los saberes: *enterarse, entender y encontrarse con la verdad*.

7.1.1 Afecto-enterarse

Para muchos pedagogos “lo que interesa, no es que el alumno concentre su atención en el profesor, sino que la concentre en el objeto de aprendizaje”(García Hoz V. , 1960). Esta es la relación que establecen o han establecido la mayoría de personas, por cuyas vidas han desfilado decenas de profesores de los cuales solo queda el recuerdo del nombre de la asignatura que impartían y poco más. La relación en estos casos es indirecta; lo único que une al profesor y al alumno es el estudio de una ciencia o un arte y la aprobación de un periodo el cual, una vez obtenido, da por terminada también la relación. Por su parte, el profesor que tiene una relación de simple afecto con sus estudiantes, entendiendo el afecto en los términos explicados en su momento, también “necesita ser necesitado”, necesita de la admiración de sus estudiantes, de su veneración casi idólatra y sobre todo que nunca se

cuestionen sus enseñanzas: en definitiva, que sus alumnos sean buenos receptores y poco más. Es ésta una relación de tipo afectiva, entre otras cosas, porque no se han escogido mutuamente los miembros del curso (profesor, compañeros de clase): simplemente han coincidido, por diferentes circunstancias, en esa aula.

En la relación objeto de análisis, la comunicación es de tipo objetivo; es decir, se realiza un intercambio de información. Es la forma o grado de comunicación más básico, “sigue la vía del conocimiento racional”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000), y es a la vez la primera y la que más se realiza, y la más fácil porque no hay una influencia de subjetividades que se relacionan entre sí. La comunicación es descendente: el profesor es el superior y el alumno, en sus clases, va a enterarse de sus conocimientos. En la mayoría de casos lo que se consigue es “que lo que está en los papeles del profesor, pase a los papeles del alumno, sin pasar por la cabeza de ninguno de los dos.”(Coombs, P. citado en Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Sus apuntes “son los mismos todos los años, al cabo de unos cuantos el papel que al principio era blanco se ha vuelto amarillento”(Polo, El Profesor Universitario, 1998).

Si el estudiante es bombardeado por numerosos datos queda deslumbrado, piensa que está aprendiendo mucho, porque mucho es lo que ha anotado. Luego se da cuenta que sólo colecciona mucho material de estudio, el mismo que deberá repetir íntegramente en sus pruebas y lecciones. Este modo de enseñar no es propiamente educativo “por muy verdadera y rigurosa que sea la información presentada”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Como se dijo antes; para que un aprendizaje sea educativo debe perfeccionar al hombre en sus facultades específicas; es decir, debe lograr que el entendimiento llegue a <hacer suya> la información recibida, debe “despertar sus energías, para que actualice sus potencialidades”(Polo, La persona Humana y su crecimiento, 1999), debe hacer razonar sobre el material expuesto y lograr que el estudiante tome una posición al respecto.

“El aprender debe ser predominantemente acción, y no actividad”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000): debe ser sobre todo una acción interna, un trabajo intelectual, un cultivo del pensamiento. En el mundo que vivimos a diario, circula una gran cantidad de información que abruma y de acuerdo a ella se adoptan diferentes comportamientos. Sin embargo, la

simple información no incide en la acción específica del hombre, en la movilización de sus facultades más propias. Por esto se explica la manipulación ejercida por los medios de comunicación: se recibe la información sin un proceso de rigor intelectual-volitivo.

Bajo este sistema, se valora el conocimiento si tiene una utilidad inmediata, “si sirve para algo”, de esta manera los resultados de aprendizaje son el eje de toda actividad escolar. La escuela debe promover específicamente la acción interna, el ejercicio, la capacidad de razonar del hombre y como último escalón del aprendizaje, aspirar a la modificación de la conducta. El sistema actual no considera que “no pueden percibirse las acciones inmanentes suscitadas por la enseñanza”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Lo único que justifica todo el trabajo escolar es la obtención de un título, por el valor y peso que éste posee en la vida social actual.

El rendimiento es para los padres y profesores el juez que determina el mejoramiento de los estudiantes, cuando en realidad solo es un pequeño indicio del aprendizaje: los resultados, “aunque valiosos y significativos pero no elementos definitivos y definitivos” (Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Puede un estudiante tener un alto rendimiento y hacer aprendido muy poco, a través de un proceso memorístico. Los datos sin conexión, sin dominio ni criterio de utilización y sin postura intelectual, solamente pueden ser memorizados.

Si la escuela proporciona únicamente datos y habilidades, entonces se transforma en un taller destinado a fabricar diplomas y títulos. Bajo este sistema, los profesores son simples artesanos que moldean según un solo molde, de tal forma que cada persona se convierte en un individuo modelado en serie y fácilmente reemplazable por otro. Este “atiborramiento de los cerebros” puede ser técnicamente útil pero “es preludio de un embrutecimiento ulterior por medio de la ciencias y de las técnicas”(Gusdorf, 1973).

Informar y solo informar puede ser tan grave que puede llevar a lo que Laín Entralgo llama un <asesinato personal> donde se respeta “su existencia física, pero se le niega la plenitud de la vida personal; quiero decir la libertad” (Gordillo, 1975), si la libertad es lo propiamente humano, ¿por qué no se educa en ello? Quizás porque algunos profesores

tienen miedo de no poder sustentar su autoridad más que con la licencia otorgada por el Ministerio de Educación; o a lo mejor por miedo a un contacto y conocimiento personal que involucre la propia interioridad. Muchas personas se acostumbran a tratar objetivamente al otro sin establecer una relación personal, y “estas personas nunca pueden ser educadores, aunque a veces se encuentren en esa posición. Llevarían un nombre vacío de contenido”(Gordillo, 1975)

El Papa Francisco advierte que, por el camino hasta ahora estudiado, se corre “el peligro de vivir acumulando información. Y tenemos mucha información, pero quizá no sabemos qué hacer con ella”(Bergoglio, 2015). El profesor que solo transmite información convierte a sus estudiantes en objetos, en puntos estáticos, recipientes de un oficio que ejerce probablemente por un salario. A los profesores que actúan así no debe sorprenderles que sus estudiantes también empiecen a utilizarlos a ellos mismos solo para aprobar su curso.

Cuando el profesor solamente persigue una relación utilitarista con sus estudiantes, corre el riesgo de olvidar la dignidad de ellos. El profesor debe considerar en toda su novedad a cada uno de sus estudiantes, e intentar sacar eso que solo esa persona puede aportar al mundo, aquello que ningún otro lo podría llevar a cabo. Y esto solo se logra a través de una relación personal con el estudiante.

7.1.2 Amistad-Entender

7.1.2.1 Génesis de la relación

Según Tomás de Aquino, son tres las etapas en el educando. La primera, cuando no entiende (los contenidos a transmitir) ni por sí mismo ni por medio de otro. La segunda, cuando puede comprender por medio del otro, pero no por medio de sí mismo. Y la tercera, cuando puede comprender por medio de otro y también por sí mismo (Millan Puelles, 1979). Los estudiantes ingresan a la escuela en la segunda etapa y, según apariencias, mientras más crecen, más dejan de obedecer y menos dispuestos están para tener un trato cercano con sus profesores. La relación educativa es diferente según la edad vital que atraviesa el discente, y un maestro experimentado debe ejercitarse en su capacidad de comprensión según las necesidades, circunstancias y características propias.

Las experiencias e impresiones más decisivas son aquellas vividas en los primeros años de vida, incluidas las experiencias que suceden fuera de la seguridad del círculo familiar. La escuela primaria deja honda huella en una persona, porque es el escenario donde surgen las primeras relaciones humanas: no se producen grandes aprendizajes procedimentales ni conceptuales; es más, se olvida casi todo lo aprendido, conservando el clima que se respiraba en las aulas, en el patio, en el bar escolar...

El principal aporte de la escuela primaria es “la experiencia decisiva de otro mundo y de otra vida, en cuyo seno deberá descubrir (...), no sin dolor y gozo, (y sin) desgarramientos, una nueva conciencia de sí mismo y del prójimo”(Gusdorf, 1973). La mayoría de personas recuerdan con toda claridad pequeños insignificantes como gestos, palabras, hábitos de sus profesores; nítidas imágenes del maestro de primaria, cuyo prestigio nadie más podrá igualar y cuya forma de comunicación marcará el modo de relacionarse de sus estudiantes.

Los profesores de los primeros años de escolarización realizan una actividad a través de un cuidado previo y preparatorio de los estudiantes; y esto tiene gran importancia, ya que “atender sus exigencias materiales es, a la vez, poner las condiciones para hacer posible su otro desarrollo, el del espíritu” (Millan Puelles, 1979). Se atiende, entre otros, a la formación de los sentidos internos, en especial de la imaginación, que dará luego materia prima a la inteligencia. Su forma de dialogar es sin palabras, predominantemente afectiva, guiada por una normas misteriosas. Consciente de ello, el profesor de educación primaria debe considerar que su “enseñanza es siempre más que enseñanza, el objeto pedagógico, en cada situación particular, desborda ampliamente los límites de esta situación; afecta, progresivamente, la existencia personal en su conjunto” (Gusdorf, 1973).

Si bien los primeros contactos con los profesores son capitales, se debe decir que cada nuevo año escolar es un nuevo comienzo. Cada profesor del nuevo curso puede encontrar al mismo estudiante del año anterior pero con facetas muy novedosas, porque, como dice Tomás de Aquino, el profesor “descubre un desarrollo lento pero constante, con diversas” (Lobato, 2003) etapas del camino hacia la verdad, sin prisa y sin pausa, poco a poco y como por pasos”. Llegados a la adolescencia, se despierta la intimidad que busca unos cauces de

desahogo; se recurre a la rebeldía como medio de afirmación; el individuo se hace más crítico y toma posición frente al mundo; es un ser insaciable y difícil de contentar.

En este momento, la relación ya no es más la de un superior frente a un inferior; “es una personalidad naciente la que se mide con la personalidad del maestro”(Gusdorf, 1973). Esa personalidad naciente toma conciencia de sí misma, es curiosa y es más susceptible que nunca a la búsqueda de respuestas que le dirigirán a lo largo de toda su existencia. “Sus interrogantes o provocaciones son simultáneamente peticiones de ayuda”(Gusdorf, 1973), búsqueda de sentido y justificación de la existencia. De esta forma, el bachillerato y por antonomasia la universidad, se convierten en los lugares privilegiados de una civilización, donde se encamina el ser humano hacia el futuro individual y colectivo.

El maestro debe orientar, procurando que el adolescente no sea un ser temeroso, asustadizo, vulnerable, súbdito y esclavo de doctrinas, vicios e ideologías. Puede contar en la mayoría de casos con la confianza del estudiante que cree en la palabra del maestro y vuelca sobre él su afectividad. Por esto, cuando existe una mala relación entre el estudiante y el profesor, se produce casi de inmediato una deserción escolar. Lo único que el estudiante lleva para el resto de su vida, en algunos casos, son aquellas certezas pronunciadas por su profesor, las cuales serán confirmadas o desmentidas por la vida misma, pero que en todo caso siempre serán consideradas.

El maestro debe mostrar su postura frente a tal o cual tema; no debe ocultar su propio pensamiento pero sí guardarse de no captar adeptos de sus propias ideas personales. El maestro debe mostrar su propia vida como testimonio de lo que cree, y la mayor garantía de la veracidad de sus palabras es la conexión armónica de éstas con la totalidad de su vida. Si no hay esta coherencia entre vida y palabras, no se puede hablar de maestro, sino de mercader de utopías.

7.1.2.2 Conocimiento

Un aula de clase es un rico entorno sociológico, en el que se entremezclan fenómenos de gran complejidad. El profesor mira a su clase, la examina y sus estudiantes se fijan en sus posturas y gestos. Los profesores deben conocer a sus estudiantes porque “nadie puede

ayudar eficientemente a otro sin conocer su necesidad y sus características personales y ambientales”(Gordillo, 1975). Más que en otros tiempo, los maestros necesitan llegar a conocer a sus estudiantes: sus reacciones que manifiestan miedos y alegrías, muchos de las cuales son comunes a la etapa vital que atraviesan, pero tras de ellos ya se empieza a vislumbrarse su singularidad.

Se dijo que para que exista amistad debe haber un reconocimiento del propio <yo> o el *despertar de la intimidad* o mundo interior. Un estudiante de primaria suele ser una persona cuyo comportamiento es variable y susceptible a cambio, porque está expuesto a muchas circunstancias: su <yo> no está siquiera demarcado todavía, y aunque esto parezca ser un impedimento para una amistad, es más bien un aliado, porque así la persona se revela más francamente y posee esa característica imprescindible para toda amistad que es la sinceridad, que es el primer eslabón de un intercambio “durante el que se afronta y confrontan dos hombres de una madurez desigual por la que cada uno da a su manera” (Gusdorf, 1973)

En cambio, el estudiante de bachillerato y el estudiante universitario de primeros años, son personas más proclives y abiertas a la amistad que, si llega a darse con su profesor, será enormemente formativa. El profesor de este nivel encontrará gran variabilidad en la personalidad de sus estudiantes, donde lo único seguro es que ellos “tienen la vida por delante... llegan como nuevos, con la existencia apenas estrenada, al territorio de la vida y de la ciencia y tienen tiempo por delante”(Llano, 2010). La confrontación durará unos años, donde el maestro irá reafirmando las manifestaciones de su intimidad y de esta manera irá fraguando su propia madurez. El maestro debe estar consciente de que tarde o temprano deberá “enfrentarse a esa misma independencia que él se había esmerado en formar, y que era su deber, en la medida de lo posible, despertar en ellos”(Lewis, 1960).

En la universidad, “un clima de amistad responde a la esencia misma de la universidad, actúa como un poderoso catalizador de la enseñanza”(Llano, 2010). La universidad, llamada a transmitir los saberes superiores de una cultura y una visión universal del mundo, es el lugar donde con más probabilidad se produce una relación de amistad entre profesor y estudiante. El maestro universitario es también el “último tutor, la última seguridad antes de

la soledad de la vida donde cada cual ha de asumir sus propias responsabilidades”(Gusdorf, 1973)

La mayoría de profesores creen que sus estudiantes no los conocen y sin embargo esto es lo más alejado de la realidad. El profesor, por su misma condición, se presenta al resto como un modelo “digno e indigno: lo quiera o no el maestro... el grado más modesto de la enseñanza” (Gusdorf, 1973) está revestido de una autoridad espiritual, de un alto mérito y prestigio a los ojos de sus estudiantes. Esta es una autoridad inicial, obtenida del apoyo de la primera jerarquía que son los padres, jerarquía puesta a prueba y que nace necesario “afirmar su magisterio” de continuo.

La forma de afirmar y confirmar la autoridad surge cuando los estudiantes “leen entre líneas” en el profesor una “actitud de apertura, [de] permanecer abierto al mundo del alumno con sincero respeto hacia todo lo que él exprese”(Gordillo, 1975). Esa impresión marca toda la relación, porque los estudiantes, a partir de esto, darán una calificación al profesor y una categoría de importancia a lo transmitido por él. Todo estudiante da un calificativo a sus profesores, desde el respetado hasta el despreciado: de todos se puede decir algo.

Hay profesores que provocan un deseo de terminar pronto la relación educativa. Hay, por el otro extremo, profesores que con su sola presencia dominan: su magisterio no es discutido, y frente a él un estudiante adopta una actitud sumisa. En otros casos, el profesor es obedecido y sus palabras acogidas. Estas diferencias son percibidas por los estudiantes y por los otros colegas docentes, pero nadie sabe con certeza la causa de esta diferenciación, de lo que se deduce que:

“El método en sí mismo no ofrece sino garantías ilusorias...los mejores métodos no salvarán a quien no ha sabido hacer reconocer su autoridad; mientras que los métodos más arcaicos y groseros harán maravillas en el caso de un profesor aceptado y estimado por los discípulos”(Gusdorf, 1973)”

7.1.2.3 Semejanza

Cuando se plantea la relación amistosa entre un profesor y un estudiante; “la objeción más obvia y elemental apunta a las calificaciones: si eres amigo de alguien a quien has de juzgar en los exámenes, corres el peligro de ser parcial”(Llano, 2010), ya sea porque se tiende a favorecerle o a exigirle mucho más. En ese caso, se debe decir que no todos los profesores pueden ser amigos de sus estudiantes, sino solo aquellos cuyo afecto no nuble su capacidad de juzgar objetivamente. Los profesores que aspiren cumplir su objetivo plenamente, deben desarrollar su magisterio como si fuera una amistad. Los profesores que pueden llegar a ser verdaderos amigos de sus estudiantes, son aquellos que pueden llegar a ser verdaderos maestros.

Para iniciar una amistad debe haber igualdad o semejanza. Aparentemente no existe *semejanza* entre profesor y alumno, porque ambos están en etapas vitales distintas; el encuentro no es “de igual a igual”, porque una y a veces dos o más generaciones los separan. Además la formalidad escolar, las estructuras y planificaciones curriculares impiden revelar espontáneamente las individualidades respectivas: gustos, preferencias, amores. Alejandro Llano, reconoce:

“No son iguales; si se atiende a los papeles profesionales que respectivamente desempeñan. Pero son iguales en un sentido más *hondo* que el institucional. Porque tanto los unos como los otros están empeñados en la misma meta: *generar saber y comunicarlo*. Aunque cada uno busque tal finalidad común desde posiciones diferentes, llegados al punto clave, cuando se trata de saber si algo es verdad o no, nadie es más que nadie”(Llano, 2010).

Ambos están consagrados, a tiempo completo muchas veces, al perfeccionamiento mediante el pensamiento. En estricto rigor, ambos están en el camino de búsqueda de la verdad; el uno recién iniciando y el otro poseyendo ya cierto camino recorrido. Ambos forman una *comunidad* educativa fraterna, con rostro propio, con aspiraciones comunes. La comunidad es diferente a la masa informe, a la multitud, donde “desaparece el hombre y queda solo el número... Comunidad implica la permanencia de los valores de cada persona”(García Hoz V. , 1980). Ambos se necesitan mutuamente para desarrollar su tarea,

su vocación; porque no hay profesor sin estudiantes, ni hay estudiante sin profesor: es más, el profesor alguna vez fue alumno.

Se dice que para hacer amistades se requiere de *tiempo*: en esto la escuela es el mejor lugar para hacer amigos, pues en ella se pasa la mitad de la jornada y un porcentaje alto de la vida. Ese escenario común es el medio propicio para que revelen las inclinaciones, preferencias, temperamentos, etc. De tal manera que muchos profesores tendrán la suerte de conocer a sus estudiantes, incluso más que sus propios padres. La mayor exigencia laboral y la extensión del periodo de escolaridad, aumenta la responsabilidad de los profesores y les obliga a replantearse cómo se van a relacionar con sus estudiantes.

La forma de armonizar los mencionados “desniveles” entre ambas partes, se consigue cuando se mira al otro de manera diferente, cuando el profesor cambia su actitud y ve a sus estudiantes como “seres singulares, únicos, irremplazables, ya que cada uno es un microcosmos” (Ibáñez-Langlois, D. citado en(Quiroga, 2003)). Al contemplarlos de esta manera, el desempeño profesional adopta una dimensión muy distinta: se puede “mirar a los ojos del otro con el deseo de no pasar de la pupila, de lo más superficial; o intentar penetrar en el interior del otro, <la mirada al alma>” (Laín, citado en(Gordillo, 1975)). Cuando la superioridad se hace petulancia, se anula la posibilidad de relacionarse con el estudiante de persona a persona, porque éste percibirá la altanería del profesor: “la confianza es algo que se nota sin que se diga expresamente”(Gordillo, 1975). El estudiante debe notar a su maestro próximo, cercano, que se hace accesible; porque para iniciar una relación, lo primero que debe existir es *confianza*.

“El sentimiento de superioridad nos aísla y entristece”(Guitton, 1981), si el profesor se hace inalcanzable, su clase se transformará en un monologo y no será de extrañar que empiece a sentir la soledad y el tedio. El proceso de elevación del discípulo comienza con el *abajamiento* de su maestro, como Don Quijote que se acerca a Sancho. Es lógico pensar que “ha de ser el grande, el cultivado, quien se ha de acercar al pequeño, al inculto, puesto que la capacidad de percibir y comprender otras formas de vida no puede radicar en el hombre vulgar”(García Hoz V. , 1980). El hombre posee en su interior una exigencia que lo conduce a algo que lo supera, pero puede ir allá si alguien le muestra por dónde, y los

desniveles deben allanarse porque “no hay vida posible sin un descenso del padre hasta el hijo, no habría educación sin un descenso del maestro hasta el discípulo, y en última instancia no habría redención sin una bajada de Dios hasta el hombre”(García Hoz V. , 1980)

Gracias a la confianza, el estudiante puede mostrarse en sus distintas facetas, porque sabe que será aceptado tal y como es, con sus modos de proceder tal vez aun primitivos pero que, al haberlos manifestado, se los puede formar o corregir. En esto coinciden el oficio del docente y una auténtica amistad: en el esfuerzo por <sacar lo mejor de cada uno> de los estudiantes o amigos. La confianza se conquista cuando el estudiante nota “la sinceridad del cariño en el trato. Y del trato nace la amistad. Y de la amistad la confianza. Y de la confianza la posibilidad de ayudarlo a crecer” (Ibáñez-Langlois, Diego, 2002citado en (Quiroga, 2003)). Los profesores que más y mejor han podido perfeccionar a sus estudiantes, son aquellos que han logrado traspasar las barreras de la simple <materia de estudio>.

La jerarquía no impide la amistad pero, en todo caso, sí la reviste de unas características peculiares: no existe una “igualación total” sino una comunidad de voluntades que aspiran transmitir y vivir unos saberes y unos valores. Así, “la pedagogía es siempre, secretamente, una forma de amistad. Y quizá toda pedagogía auténtica es una forma de amistad”(Gusdorf, 1973). El punto de convergencia donde se unen la pedagogía y la amistad es precisamente en el perfeccionamiento, porque ambos tienden a ello: “la función más directa y personal de la amistad es la formación y desarrollo del amigo”(Vázquez de Prada, 1975).

La amistad entre el maestro y el discípulo será de “espíritu aristocrático”, porque se basa en encuentros ocasionales, en contactos individuales y concretos, en compartir la convivencia o en el despliegue de las vitalidades y el despertar de potencias dormidas. Es una de las relaciones más privilegiadas del hombre y también misteriosa, porque los miembros se igualan, sin llegar a hacerse iguales. Cada uno manifiesta su ser y se deja conocer del otro pero, con distancia: “distancia en la intimidad e intimidad en la distancia”(Gusdorf, 1973).

La amistad en esta relación encuentra su compenetración en el diálogo; y en el diálogo produce la corrección. Cuando hablan maestro y discípulo, parece que se igualan: se comparten pareceres que están mezclados con la historia personal de cada uno de sus participantes. Sócrates no dejó ningún escrito y, sin embargo, el testimonio de sus discípulos informa mejor que si hubiera escrito un tratado de obras completas. Su pedagogía, que tiene gran prestigio hasta ahora, es en el fondo una <amistad> pedagógica. Si no hubiese habido amistad en la docencia, sus enseñanzas no hubieran encontrado resonancia; sus esfuerzos no habrían sido respondidos y toda su tarea habría corrido el riesgo de fracasar o, en el mejor de los casos, habría perfeccionado algún aspecto de sus discípulos pero no su propio ser, como consta en los escritos de sus sucesores. Lo mismo podría decirse de cualquier maestro y sus alumnos.

Nada puede remplazar al contacto vital entre maestro y profesor, donde este último debe comprender y acoger al recién llegado y desconocido hasta ese momento, de tal forma que al recibir su enseñanza ya no es más extraño sino un allegado, un amigo. La lección más importante que transmite el maestro es la de saber amar y, por tanto, “el verdadero maestro es maestro de amistad” (Gusdorf, 1973).

7.1.2.4 Diferencia entre maestro y profesor

Todo profesor, por modesta que sea la asignatura que imparta, debe impartir la verdad sobre algún aspecto de la realidad, y cada asignatura debe revelar una verdad particular o una misma verdad desde un enfoque diverso. “El profesor de matemática enseña matemática, pero también, aunque no la enseña, enseña la verdad humana”(Gusdorf, 1973). Sin embargo, la formación del hombre no es la suma de verdades particulares: se requiere alguien que logre unificarlas, y es el mismo discípulo quien aúna los campos de estudio, pero ayudado por un maestro. El resto de aprendizajes han servido para preparar al discente para ese momento. El auténtico maestro aspira, desde su campo de acción académica, a tratar sobre verdades universales que edifiquen a la totalidad del ser humano; verdades que determinan el curso de las existencias.

7.1.2.5 Condiciones para ser discípulo

Toda reunión, coloquio o contacto entre personas humanas es expansivo en sí mismo. Todo movimiento político, social, económico, etc., a lo largo de toda la historia busca partidarios que pongan por obra sus ideas o propuestas. Cuando dos hombres tienen una idea común, buscan alguien más que la comparta. Por esto se dice que “la amistad es una semilla donde duerme el árbol frondoso de la sociedad”(Vázquez de Prada, 1975).

El estudiante suele estar en condiciones de ser un discípulo, y ser discípulo es una de las experiencias que más solidez y tenacidad produce en la personalidad del estudiante. El adulto recuerda con gran añoranza la época escolar desprovista de grandes preocupaciones, donde todos los sueños parecían estar al alcance de sus manos y las certezas que sostenían el futuro venían dadas por otros. El maestro, por el contrario, es aquel que nadie protege: se enfrenta por sí solo a la vida, ante la cual debe dar respuestas personales y beber hasta las heces los efectos de la verdad que defiende. Analizando esta realidad se puede decir que “cada uno es más o menos maestro y más o menos discípulo, se llamará maestro a aquel que da más de lo que recibe y discípulo aquel que recibe más de lo que da”(Gusdorf, 1973).

Ser discípulo es el lado más cómodo de la relación; proporciona placidez, un encantamiento por efecto de la visión de una verdad colonizada por su maestro. Se puede sentir superior que los demás estudiantes, al darse cuenta que ellos no alcanzan a ver lo que él ve. Se puede permanecer mucho tiempo en esta admiración idolatra de los descubrimientos ajenos, en una suerte de <parasitismo intelectual> que se limita a repetir lo escuchado y a creer que después de lo dicho por el maestro no hay nada más que decir. Si el discípulo piensa de esta manera y se aferra a ella, se puede decir que ha cavado su propia tumba; porque pensar así es lo mismo que decir que él mismo llegó tarde a un mundo donde los mejores hombres ya murieron o están demasiado viejos, por tanto solo queda rendirles culto.

El verdadero discípulo se sacude del primer hechizo y comprende que la verdad es una conquista personal; asume en sus propias manos el reto y la preocupación de pensar por él mismo. Es una suerte haber encontrado a un maestro, pero también se corre el riesgo de permanecer ilusionado en unos ideales que, tras un revés, quedarán por los suelos y no se sabrá cómo reaccionar; puede ser que reniegue de unos principios que nunca entendió

porque nunca los hizo parte de su vida y, en definitiva, vivió equivocado sobre sí mismo y sobre su maestro.

Incontables universidades se han organizado en torno al prestigio de un maestro; es el ejemplo de la Universidad de Berlín en torno a Hegel, que fue un maestro de tal envergadura que alrededor de él se organizó todo un movimiento académico, prestigioso y también ruidoso. A costa de él se repartieron cargos, cátedras y puestos administrativos. Él mismo llegó a decir que, tras de él llegaría “el fin de la historia y la filosofía” y sus discípulos, sin mayores cuestionamientos, lo aprobaron y por tanto solo se dedicaron a repetir este tipo de pensamientos: “puesto que el maestro lo ha dicho todo, ya no hay nada que decir, sino lo que él ha dicho”(Gusdorf, 1973). Ellos no se percataban de que pensar como el maestro no es exactamente pensar sino recitar la lección del maestro, y esto es traicionar al maestro porque él mismo nunca recitó una lección.

Por lo general, los grandes pensadores han tenido, a su vez, como maestros, a grandes pensadores. Tal es el caso de Alberto Magno, maestro de Tomás de Aquino; Sócrates, maestro de Platón y éste maestro de Aristóteles; Kant, maestro de Schelling o Husserl, maestro de Edith Stein y Schiller. Estos discípulos amaron y reverenciaron a sus maestros, y el mejor homenaje que les dieron fue el pensar por ellos mismos. Su maestro no fue la meta sino solo el principio de una historia vital del pensamiento. Ellos fueron fieles a la verdad según su propio modelo: su compromiso es con ella y no con el maestro, el cual solo es servidor y discípulo de ella.

El estudiante que llega a convertirse en discípulo es aquel que ya ha iniciado una búsqueda de la verdad, y sino es incapaz de captar lo que el maestro le indica, sus palabras le resultarán huecas. Debe, según Tomás de Aquino, poseer discreción, es decir: “estar en situación de ponerse a distinguir, por medio del raciocinio, entre lo que es verdaderamente bueno y lo que solo lo es en apariencia”(Millan Puelles, 1979). La búsqueda es una larga odisea y no corresponde necesariamente con la obtención de un certificado de estudios. Es una aparición sucesiva de diferentes verdades que sirven de base para otras, pero que antes deben ser discutidas, probadas y evidenciadas en un tiempo personal o “subjetivo”. Un auténtico maestro ha sabido ser interlocutor entre la verdad y el discípulo, y la resonancia

de su llamada primera durará tanto como la vida del discípulo, con mayor fuerza espacial y temporal, cuanto más empeño ponga en seguir buscándola.

Aquellos que buscan sinceramente la verdad, no por curiosidad sino por una necesidad vital de vivir conforme a la razón, conforme a unos principios conquistados personalmente, son discípulos y potenciales maestros. La sabiduría no se adquiere tan fácilmente; su adquisición es una subida en ascendente, requiere un involucramiento de todo el ser, una conquista lenta pero continua. El discípulo debe tener cierta experiencia y una capacidad de relacionar los conocimientos adquiridos con el resto de la realidad. La adquisición de un saber se realiza con la intención de una mejor actuación personal, como una preparación para la existencia que valora y acoge la experiencia de esa persona prominente, que es el maestro. La vida espiritual que desarrolla no es una mera fascinación momentánea, sino una propuesta y guía de acción.

7.1.2.6 Autodidacta

Los discípulos son los herederos de los maestros, y aquel que no ha tenido un maestro es un huérfano. El autodidacta es un “huérfano de la cultura”, a la cual ha accedido de manera casual, fría y despersonalizada. Nadie “le abre los caminos, nadie establece (...) las distinciones y jerarquías indispensables. Saber y sabiduría se presentan a él como un enjambre, una totalidad sin perspectiva”(Gusdorf, 1973). Se encuentra perdido y fugitivo en la inmensidad absorbente del conocimiento, sin presentir las alturas de la sabiduría. Es una desventaja inicial que repercute notablemente; por años lo mantiene distraído sin llegar nunca a una cumbre. Esto se logrará remediar en tanto que alguien pueda convertirse en su maestro; pero mientras más pase el tiempo, menos disponible estará a ser guiado y más creerá saber lo que en realidad desconoce.

El autodidacta es una “víctima del aislamiento, porque en su infancia ningún maestro le habló. Es el maestro el que da a la cultura un aspecto personal”.(Gusdorf, 1973). Cada ser humano, desde su nacimiento trae un linaje, un conjunto de rasgos que hablan de sus antecesores. El maestro es un punto de referencia frente la inmensidad de saberes; y si alguien, por propia cuenta y soledad, intentara penetrar en ellos, naufragaría. El buen

maestro es tradición viva, manifiesta un saber y unos valores encarnados, es el modelo eminente de lo que es el mundo concreto, de lo que una sociedad es y ofrece al principiante.

El autodidacta puede penetrar en toda área del conocimiento, puede ser una enciclopedia andante: “conocerá todo, salvo lo esencial. Es justamente ese esencial de lo que el maestro está encargado de enseñar” (Gusdorf, 1973). A la vez que muestra lo esencial, el maestro da una lección suprema: el conocimiento auténtico se vislumbra pasando primero por el reconocimiento de la propia limitación y debilidad; por la consideración de que lo que se busca es algo superior a uno mismo y cuya comprensión será apenas una participación de la verdad y una anticipación de ella.

7.1.2.7 Condiciones para ser maestro

El profesor da su clase para todos; en el mismo espacio y con unas mismas palabras. Habla, además, sin saber exactamente a quién habla. La mayoría de los estudiantes mantienen una educada escucha, y otros parecen no escuchar ni interesarse por nada en particular: por lo cual el profesor podría sentirse frustrado e incomprendido en medio de su cuasi soliloquio. Muchas veces debe utilizar recursos como un trabajo o una lección: son agujones que despiertan a sus aletargados alumnos.

Sin embargo, hay unos pocos o a veces solo uno que logra encontrar en sus palabras algún sentido, y que se acerca al profesor solicitando una profundización de lo enseñado, o desea comentar sobre una relación encontrada o manifestar una duda sobre sus palabras pronunciadas: todas estas inquietudes manifiestan una revelación del maestro sobre sí mismo y también de la interioridad del alumno. Se ve, por tanto, que en la multitud anónima de un aula de clase, puede haber alguien que aseche al maestro, alguien que haya esperado esas palabras, las mismas que le quedarán grabadas de por vida.

Un maestro no lo es por poseer una inmensidad de saberes o reconocimientos, ni tan siquiera por su dedicación a la investigación científica. Un maestro jamás se considera a sí mismo como tal, sino que otros lo ponen en esta posición. Se dice, desde la Grecia clásica, que ningún hombre en la tierra es capaz de enseñar, por ser éste un oficio divino. Por tanto, sólo se puede ser maestro por mínima analogía con el Maestro Eterno, que es Verdad

absoluta y Maestro interior. A un maestro lo hacen sus estudiantes; ellos lo reconocen y lo escogen, solicitan de él su conducción y éste, percibiendo que en algo puede conducir, da respuestas que ellos desean y normalmente comprenden.

“Es el discípulo el que hace al maestro y es que maestro el que hace al discípulo”(Gusdorf, 1973). Encontrar a un maestro y poder ser maestro para quien busca es uno de los momentos más solemnes de la vida, porque se trata del cumplimiento de una primera respuesta, con las perspectivas de un camino abierto, frente a las angustiosas inquietudes íntimas. Este encuentro es alegría en la verdad y esperanza en el poder vivir a luz de ella. Para el discípulo es encuentro y para el maestro es renovación. Cada uno da y recibe: recibe algo diferente a lo que da pero, igualmente excelente en ambos casos.

Un maestro es aquel que abre perspectivas, amplía horizontes; aquel que despierta al ser humano, que otorga la palabra y a su vez la da, escuchando lo que cada estudiante quiere decir. Los contenidos son muy necesarios, sirven de materia prima para el pensamiento, y el maestro no enseña contenidos sino métodos, “pero no en el sentido trivial que hoy se expende, según el cual hay que admitir esquemas estereotipados de trabajo intelectual y comportamientos profesionales; porque todo esto suena a la enseñanza de manualidades”(Llano, 2010). Las metas, los fines, son enteramente personales: nadie puede decir a dónde ir; y el maestro enseña un método, es decir, un camino, una manera de abordar cuestiones fundamentales.

Maestro es una persona que está comprometida con la búsqueda de la verdad, y esto compromete toda su persona. Por tanto, se trata de una persona virtuosa que aprecia lo bello en el alma de sus estudiantes y como resultado de ello logra movilizar sus energías interiores para que continúen esa búsqueda, que es aventura fecunda y gozosa y que les hará elevarse por sobre sí mismo.

Un estudiante que habla con su maestro se siente grande, su autoestima se eleva; así lo relata un testimonio: “yo tenía menos de 15 años y me hacía sentir un <tipo> importante, porque un adulto, a quien admiraba muchísimo, me dedicaba su tiempo y se interesaba por mis pequeñeces” (Ibáñez-Langlois, D. citado en(Quiroga, 2003)). Cuando un estudiante se

acerca al maestro es señal, de alguna forma, de que se identifica con la personalidad del maestro, que lo admira: esto es bueno al inicio, pero la relación debe superar esta etapa, para que no haya una simple búsqueda de sí mismo en educando y educador.

Lejos del auténtico maestro está ese <narcisismo profesoral> que se complace en la admiración, que le sirve de pedestal para su propia elevación y afirmación. Todo maestro sabe que la devoción y remilgos del alumno son peligrosos para ambas partes, y que son muestra de infantilismo y regresión. Por esto, ante estas situaciones el maestro pone distancias, consciente de que el mantenimiento de esta complacencia puede ocasionar una deformación en la personalidad propia y una anulación de la autenticidad del estudiante. El maestro cuida al estudiante para que no “se abuse de su docilidad natural para imponerle opiniones o criterios humanos.” (Ibáñez-Langlois, D. citado en(Quiroga, 2003)).

Llegado un momento determinado, la misión del maestro es desaparecer, y esto es lo que consume su vocación de maestro. Su herencia será dar a sus discípulos la libertad que su mismo maestro le dio en el momento apropiado, y que le permitió llegar hasta donde ha llegado.

7.1.2.8 Virtudes del maestro

En épocas difíciles de la historia de la humanidad, donde por motivos de guerra, las personas eran privadas de libros y de casi todo material didáctico, los maestros debían enseñar sacando de ellos mismos sus conocimientos. Wanda Poltawska, presa en un campo de concentración, relata cómo “aquellas mujeres, las mismas que también se estaba muriendo de hambre, habían organizado para nosotras, las jóvenes, una escuela –una verdadera escuela-, aunque sin libros, ni lápices”(Poltawska, 2011). El Jean Guitton prisionero de guerra, comenta: “sin libros, me dí cuenta que los sabios saben poco, pero ese poco que sabían los más sabios, provenía de sus entrañas y lo enseñaban bien”(Guitton, 1981).

El profesor, por su misma condición de dirigir a otras personas, requiere virtudes, porque se educa, dicho en primera persona del plural, “con nuestra conducta, con nuestro modo de ser, de reaccionar, con nuestro modo de atender y relacionarnos con los demás” (Ibáñez-

Langlois, D, citado en(Quiroga, 2003)). Por eso, en lugar de perfeccionar las instalaciones o los materiales educativos, se debe perfeccionar en primer lugar al maestro, con una sólida formación. El maestro, de cierta forma, es visto de manera extraña por el resto de la sociedad, que persigue casi siempre sus intereses materiales. El profesor trabaja con lo más delicado del universo: la persona humana, y en su situación más vulnerable: durante el crecimiento, cuando el niño o el joven está realizando sus primeros enfrentamientos con el mundo. De allí la relación entre la tarea docente y el oficio sacerdotal, porque ambos son “servidores de la vida del espíritu” (Gusdorf, 1973)

7.1.2.8.1 Prudencia

El maestro debe saber cómo proceder en cada situación, debe poder establecer la justa medida, porque por una parte debe mantener una familiaridad y cordialidad con sus alumnos, y por otra debe conservar su prestigio y autoridad. La única forma de conocer a los demás, comprenderlos y aceptarlos tal y como son, es el conocimiento propio: éste “es el único camino por el que la objetividad, la realidad o verdad del conocimiento, se hace posible”(Gordillo, 1975). Del conocimiento propio se pasa al conocimiento objetivo y humano de los demás. El profesor prudente está consciente de la semejanza, pero esto no le impide el conocimiento de sus estudiantes, al contrario, “los conoce bien y, en consecuencia, no los idealiza. Pero sueña con su mejor versión futura”(Llano, 2010).

La prudencia es, según Tomas de Aquino, la virtud que lleva a tres cosas: “a) apreciación de la situación y búsqueda de los mejores medios para lograr los fines propuestos, b) la elección de los medios, y c) empleo de dichos medios”(Gordillo, 1975). El maestro debe saber descubrir los talentos de sus estudiantes, el nivel en el que se encuentran y descubrir la oportunidad para llamar a sus conciencias pues, “las consecuencias de un llamamiento prematuro a la voluntad son tan desastrosas como su contrario” (Von Gebattel, V, 1966 citado en (Gordillo, 1975)). El maestro también debe estar en capacidad de reconocer qué estudiantes se encuentran cerrados a todo contacto, los que “van a la suya, y solo aspiran a encontrar un puesto de trabajo bien retribuido”(Llano, 2010), con estos estudiantes será casi imposible establecer una amistad, no obstante el maestro no debe renunciar a ellos. No puede, tampoco, anticiparse a hacer un juicio temerario de sus estudiantes, porque podría

destruir “la posibilidad del alumno para el cambio, sus disposiciones más positivas, quizá aún en germen”(Gordillo, 1975).

Es compleja la tarea del maestro, debe maniobrar en medio de muchos contrastes. Karol Wojtyla los reconoce, y dice: “es difícil formular una teoría sobre el modo de tratar a las personas...Cada hombre es una persona individual, y por eso no puedo programar a priori un tipo de relación que valga para todos, sino que cada vez, por así decir, debo volver a descubrirlo desde el principio. Lo expresa con acierto la poesía de Jerzy Liebert:” (Wojtyla, 2004, pág. 68)

Te estoy aprendiendo, hombre,

te aprendo despacio, despacio

De este difícil estudio

goza y sufre el corazón

7.1.2.8.2 Humildad

Cuando a San Josemaría Escrivá le preguntaron sobre la virtud más importante que ha de ejercer el profesor, no dudó en decir que es la humildad. Se sabe que Sócrates daba lecciones de geometría a esclavos sin formación matemática. Su tarea consistía en confrontarlos con las figuras dibujadas en la arena, interrogándolos metódicamente hasta que este por sí mismos estuvieran en capacidad de definir el teorema de Pitágoras, sin saber siquiera que esa verdad se contiene en algo llamado <teorema> y descubierto por Pitágoras. Éste es el oficio del maestro: ir dirigiendo las operaciones mentales, guiar el alumbramiento, y de pregunta en pregunta, el discípulo va sacando de su propio interior todo lo que declara: siente felicidad porque ve la verdad que contienen sus propias palabras, y que nunca hubiera podido descubrir por sí mismo, sin la presencia y la acción de este “partero de espíritus”. Pero este primer alumbramiento es sólo el inicio de una búsqueda cada vez de más raigambre. El discípulo puede inicialmente asentir a lo expresado por su maestro, pero progresivamente va discutiendo más, cuestionando más y tomando más una postura personal.

El maestro ayuda a que el estudiante vea por él mismo la verdad, no le impone “verdades” o soluciones prefabricadas. Sócrates se cuidaba muy bien de no profesar nada; es más, él mismo desconocía todavía lo que quería enseñar. En medio del barullo y la confusión de voces que salen al encuentro del principiante, cuando inicia su camino de construcción de su propio pensamiento, la voz del maestro es bálsamo, es luz, es esperanza, es alegría... es la voz autorizada. La verdad nunca podrá llegar a ser conocida totalmente, y por eso, al relacionarse con ella, tanto maestro como discípulo deben mantener un talante humilde; sólo de esta manera ellos pueden perseverar en su sucesivo descubrimiento y alcanzar cierta sabiduría.

7.1.2.8.3 Generosidad

El auténtico maestro debe ser modelo de entrega y desprendimiento, siendo aquel que “desea que un discípulo comience por donde él ha llegado” (Arango, Pablo, citado en Polo, 1998). En las admiradas escuelas antiguas, el maestro guardaba para sí los pensamientos más importantes y solo los revelaba a quienes consideraba “dignos de tal revelación”. Esto último debe entenderse bien: la generosidad del maestro consiste en dar todo lo que sus estudiantes estén en capacidad de recibir y de acuerdo a lo que sus estudiantes necesiten.

Un profesor no espera el mismo grado de conocimiento de todos sus estudiantes: trabaja y lucha porque todos alcancen al menos lo mínimo previsto en los programas académicos; está consciente que siempre hay el primero y el último de la clase. Sócrates no logró los mismos resultados en Alcibíades, Jenofonte y Platón. Por eso se insistió al inicio en la necesidad de conocer a los alumnos, para que así el maestro sepa dar una respuesta personal en cada caso: una solución adecuada, según la situación, capacidad o necesidad del estudiante.

Al parecer, éste es un reto que sobrepasa al maestro y que solo se lograría si se cumpliera la recomendación de Rousseau: “un solo maestro para un solo discípulo”. En esta época no se dispone de ese lujo, al contrario: se cae en un colectivismo donde ya no importa primariamente quién pase por las aulas escolares, con tal que pase. Hoy más que nunca se debe rescatar este principio: la educación fundamentalmente es un “asunto personal, un coloquio singular e interminable”(Gusdorf, 1973).

El hecho de dialogar con sus alumnos, al maestro no le reporta en principio un beneficio, pues no se trata de eruditos que le pueden enseñar algo que no sepa. Aquí radica la suprema virtud del maestro: que hace algo que no le trae ningún beneficio inmediato, y sin embargo acompaña al discípulo en el lento e imperceptible camino de profundización en el saber, por puro amor a la verdad: en el discípulo y en sí mismo. Lo hace de la forma más desinteresada porque en la mayoría de casos, como decía San Josemaría, “unos son los que plantan los árboles y otros los que se sientan a su sombra”(Llano, 2010). De aquí se deduce, una vez más, que el maestro posee esa característica bella de la amistad: la búsqueda *desinteresada* del bien del otro, y en esa amistad encuentra su propia razón de ser.

7.1.2.9 Comunicación subjetiva

La confianza es un medio de compenetración, y la confianza en la relación profesor-alumno se la debe entender más propiamente como diálogo, comunicación personal que consiste en “creer no solo de un modo general en la persona sino también en concreto en lo que sus palabras expresan. Considerar real su problema aunque objetivamente no exista razones para verlo así”(Gordillo, 1975). Confianza no es exhibición de miserias, sino manifestación concreta del modo de ver y experimenta la realidad.

La comunicación posee tres aspectos principales: la *participación*, la *donación* y la *reciprocidad*. Comunicar es manifestar, y manifestar es *dar parte* al otro de lo que uno tiene, haciendo de aquello una posesión compartida. Materialmente, cuando uno da, siempre queda empobrecido; pero espiritualmente, el dar no representa una pérdida sino una riqueza, como ha explicado Karol Wojtyla y se verá enseguida. Muy unida a la participación está la *donación*: donar es dar algo a alguien, algo que normalmente no poseía antes. La diferencia específica de la donación de la comunicación es que no produce una pérdida sino, al contrario, un enriquecimiento. “No puede afirmarse que toda donación sea, en rigor, una comunicación, sino solamente aquella que no supone empobrecimiento por parte del donante. Lo específico de la comunicación es precisamente esto: dar sin empobrecerse”. (Redondo, E, 1999 citado en (Naval Durán & Altarejos Masota, 2000).

Uno puede dar a conocer sus opiniones, sus ideas, sus preferencias y, sin embargo, no transmitir su propia persona, su ser. Para poder descubrirse personalmente en su unicidad

más radical, se necesita como “referente a otra subjetividad; sólo ella en cuanto tal puede acogerme y reconocermé. Más aun, en esta acogida y reconocimiento del otro, me descubro como un yo: en la afirmación del otro radica mi autoafirmación”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Por eso, toda la comunicación real no es un enterarse de ociosos detalles, es lograr o al menos intuir el ser, la talla, el estado de los radicales antropológicos de la otra persona, dónde están sus sueños, dónde ha puesto todas las esperanzas de su vida, etc. Esta visión es deslumbrante, porque es ver a la persona en eternidad, en su verdad más radical, y saber que en tal encuentro, y con la ayuda del otro, puede volverse sobre sí misma cada vez con mayor profundidad.

En la comunicación objetiva, como se ha dicho, el otro es un objeto que recibe. En la comunicación subjetiva, el otro se convierte en un “agente del que se espera una actuación personal, con todo lo que esto conlleva”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). En la comunicación subjetiva, no solo se accede a un conocimiento racional, sino que se lo supera: hay una forma de *cognitio* superior que Tomás de Aquino lo llama conocimiento por con-naturalidad: en el hombre se realiza este tipo de conocimiento mediante los afectos.

Si bien los afectos no sirven para conocer la realidad, sí sirven de vehículo para conocer la propia realidad, el estado interno de las facultades, el modo de reaccionar o de ver esa realidad. “Será una percepción todo lo confusa que se quiera; pero no por confusa puede prescindirse de ella en el contacto con otra subjetividad”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000), porque solo al saber cómo siente la otra persona frente a esta u otra realidad presentada, se la llega a conocer existencialmente; es decir, en éste preciso momento, en éste lugar concreto y sobre ésta información particular. Y partiendo de este conocimiento, se puede mostrar en su totalidad la realidad objetiva que se desea transmitir.

Este conocimiento completo trae como consecuencia una conciencia del otro y una “presencia del uno al otro, o de ambos entre sí” (Redondo, E, 1999 citado en (Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Presencia no es un cruzarse o <estar ahí>, es estar cerca emocionalmente hablando. Cuando se ha dado esta comunicación, los participantes son capaces de captar los detalles como son los gestos e inflexiones de la voz, que son expresión de la afectividad. El educador debe estar, no solamente en “la obra gruesa sino

especialmente en los detalles: éstos y la consideración de la común filiación divina, abre las puertas de la amistad” (Ibáñez-Langlois, D., 2002 citado en (Quiroga, 2003)).

7.1.2.10 Conversación

El paso de la comunicación objetiva a la subjetiva “encuentra su realización –desde una perspectiva fenomenológica– en un modo específico de la comunicación humana: la *conversación*”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Ella se encuentra en la noción de educación de todas las culturas de todos los tiempos: un maestro que se sienta a conversar con sus discípulos. En India, el término <*upanichad*> significa etimológicamente <sentarse a los pies de alguien>; y en el cristianismo originario se relata cómo las turbas se sentaban a los pies del Maestro o<*Rabí*> para escucharlo. Martin Buber describe las épocas donde no estaba institucionalizada la educación contemporánea, épocas en las que el discípulo iba a vivir con el maestro: aprendía un trabajo manual o intelectual mientras aprendía un modo de ver la vida.

La característica principal de la conversación es la siguiente:

“No persigue un resultado o una conclusión extraída del hablar; más bien parece que su finalidad es la del contacto, la prolongación, el sostenimiento de la presencia intersubjetiva: más que hablar de algo es hablar con alguien”. (Naval Durán & Altarejos Masota, 2000).

La educación no es una conversación, y una clase no puede ser una tertulia. La educación persigue unos objetivos específicos, es un ámbito de trabajo académico donde se comunica algo objetivo. La vertiente “conversatoria” surge porque lo que se comunica es un aprendizaje que pretende ser formativo, y dado el “milagro antropológico”(Llano, 2010) que representa, se requiere una comunicación subjetiva, personal y solo así se logra movilizar todas las potencias del estudiante.

En un aula de clases se transmite un mensaje objetivo, por medio de mecanismos comunicativos objetivos; pero el maestro debe estar en todo momento abierto a una comprensión personal, a un diálogo informal, aparentemente impersonal. Si bien la

enseñanza no se realiza estrictamente a través de una conversación, sí debe intentarse llevarla a cabo *como si fuera* una conversación, para que al final haya una comprensión objetiva y, sobre todo una “participación subjetiva en dicho saber” (Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). En conclusión, en la educación debe predominar “la comunicación subjetiva por la intencionalidad formativa, pero sin desechar por ello la comunicación objetiva”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000)

En la mayoría de ocasiones, la conversación allana el camino y dispone a la voluntad para el diálogo, que es educativo si en él se persigue el descubrimiento de la verdad.

7.1.3 Diálogo: Encontrarse con la verdad

La enseñanza no es un monólogo y, sin embargo, suele caer en este defecto. Georges Gusdorf (1973) así lo nota, y lo demuestra al señalar una práctica muy común en las escuelas, como es la existencia de libros escolares con doble edición: un libro para el profesor y libro del alumno. De esta manera, el saber se divide en dos mundos diferentes e impenetrables: el del alumno con problemas incomprensibles y el del profesor de problemas resueltos bajo una única solución, evitándole cualquier tipo de fatiga y confrontación. El sistema educativo se limita, pues, a repetir fórmulas y a esperar que el alumno las recite de una forma concreta.

El mejor recurso de la auténtica pedagogía se llama *diálogo*, y es el más eficaz para la enseñanza y para el aprendizaje. Los programas de estudio, las estructuras escolares y los horarios no son más que *pretextos* para el encuentro profesor-alumno: la misión del educador es facilitar el diálogo, con el objetivo de poner a sus estudiantes en la capacidad de “encontrarse con la verdad”. Encontrarse con la verdad es el tercer grado de saber: es, nada menos que “<caer en la cuenta> de que la verdad me ha salido al encuentro”(Polo, La persona Humana y su crecimiento, 1999), y que ha iluminado todo el suceder del universo, le ha dado un sentido. Anteriormente se mencionó uno de los medios para compenetrar a los amigos es la confidencia. En realidad, la confidencia no es más que el diálogo sincero y profundo (en todos los aspectos posibles) entre dos personas que se quieren.

7.1.3.1 *Connoción*

En el sentido aristotélico, la verdad es la adecuación de la mente con la realidad; el cognoscente no la crea sino que ésta se le manifiesta y él la acoge. El encuentro no es un descubrimiento, tampoco es un simple estado de asombro sin fundamento: “se trata de una presencia, de una manifestación”(Yepes Stork, 2002). Un encuentro es algo que ha venido, y que es acogido con embeleso y alegría. Tal vez se lo había buscado por algún tiempo, sin saberlo claramente quizás y cuando viene, se goza de cierta plenitud. Según Yépez Stork, R. (2002) el encuentro con la verdad produce cuatro efectos: connoción, conversión, vocación e inspiración. El primer efecto del encuentro es la *connoción*, y la mejor forma de explicar este efecto es asemejándolo al enamoramiento.

La educación realiza este *despertar* del hombre a esta realidad, ponerlo frente al conocimiento del mundo y de sí mismo. Dicha comprensión es posible porque ya existe en el hombre el germen del conocimiento y de la sabiduría, “una vocación al saber, que es al mismo tiempo una llamada del ser” (Gusdorf, 1973). Sócrates, maestro milenario, era un “despertador de las conciencias”, que con su espíritu despierto ya, llamaba a otros espíritus. El profesor que simplemente informa a los estudiantes, les hace una “invitación a un nuevo dormir dogmático”(Gusdorf, 1973).

El maestro, en cambio, realiza la doble misión: da un saber y enciende dudas sobre la realidad; despierta curiosidad y el deseo de conocer y conocerse. De todo aprendizaje teórico o práctico, el maestro obtiene una luz mayor: no da respuestas concluyentes, hace preguntas, a veces sugiere respuestas y otras veces permanece a cierta distancia intelectual del alumno. El silencio del maestro es a veces su mejor enseñanza. “La diferencia entre el hombre y el jovencuelo consiste en que este último no posee ese poder de preguntar”(Guitton, 1981), está como aletargado y no es capaz de establecer relaciones. El maestro es el que inquieta, el que plantea dudas y logra que el auditorio se empiece a preguntar cosas y a buscar respuestas. No hay que tener miedo a la duda porque es la única manera de llegar a conocer; tener dudas es buena señal porque revela una actividad interior intensa y la toma de conciencia sobre los propios límites.

El maestro confronta al discípulo con él mismo, en el santuario más sacro de la tierra: la persona humana, única fuente de novedad. Por esto, el maestro es un *innovador* de la cultura, no un repetidor; él mismo aprende al intentar enseñar a sus estudiantes. El maestro no impone, no domina, sino que “se hace discípulo de su discípulo; se esfuerza en despertar una conciencia que se ignora a sí misma y en guiar su desarrollo en el sentido más conveniente” (Gusdorf, 1973).

El maestro abaja la inmensidad de su ser, para asumir las inquietudes de los principiantes. Cargado de una perspectiva amplísima, puede señalar y advertir cuando alguien se enrumba por un atajo sin salida. Esto es lo que necesitan los estudiantes: que alguien con más experiencia quiera “gastar el tiempo de su jornada con inmaduros estudiantes”(Llano, 2010) y pueda hacer que se reconozca una verdad aun a pesar de que los estudiantes no logren adherirse a ella, porque él no la ha creado sino que la ha recibido, y ella permanece inmutable.

7.1.3.2 Confrontación

En el diálogo hay una *confrontación* de dos personalidades: una formada y otra en formación. El uno para el otro son como el “martillo y del cincel”(Wadell, 2002), mutuamente se necesitan para realizar una obra, la obra de encontrar la verdad. Una *confrontación* puede ser dolorosa, ya que uno puede descubrir que vive en contra de una verdad que en ese momento se ve como evidente: “descubro que en mi vida ha faltado esa verdad que he encontrado. Mi vida anterior parece vacía, pobre, pequeña, sin interés, errabunda, sin sentido último. No me reconozco a mí mismo en ella. Me parezco despreciable y equivocado”(Yepes Stork, 2002). Se entra en conflicto con el mundo, con lo que se creía, pero por sobre todo con uno mismo.

El maestro es signo de contradicción: involuntariamente revela las secretas contradicciones personales y por eso causa temor, no todos se le acercan. Pero son necesarios estos dolores de parto, porque el resultado es el *reconocimiento* propio. El poeta Jean Richter, lo describe así: “<Yo soy yo> <Mi yo se había percibido así mismo, por vez primera y para siempre>”(Gusdorf, 1973). Este es punto de partida y de llegada donde se produce un cambio, una *conversión*: segundo efecto del encuentro. Agustín de Hipona, lo describe así:

“En mis vanas esperanzas solo vi bajeza y deseé poseer la inmortal sabiduría con todo mi corazón (...) lo que me gustó de esa exhortación fue que me hizo arder en deseos de amar, de buscar, de conquistar, de poseer y de abrazar con fuerza, no tal o cual sistema, sino la sabiduría, fuese como fuese”.

Su vida no será nunca igual: antes vivía en un estado de tranquilidad e indiferencia, ahora todas sus energías se concentran en vivificar lo descubierto; es una “movilización del ser al servicio de una verdad”(Gusdorf, 1973). La fuerza de ella le obliga a no seguir actuando como antes, sino a ser fiel a lo que se ha buscado por tanto tiempo, porque solo así podrá poseerla de alguna manera. Así se inicia un camino propio, una construcción personal. El discípulo verdadero no puede quedarse en una veleidosa admiración adúlona, sino que él mismo debe empezar a descubrir su propio rostro, a ir por su propia senda, a buscar y vivir sus propias certezas.

Platón decía: “busca la verdad mientras eres joven pues si no lo haces, luego se te escapará de entre las manos”. En el joven se conjugan estas dos realidades: una ingenuidad inocente y recta que no sabe, pero que desea saber; y una entrega vital a sus certezas. Por tanto, el espíritu juvenil es el ser más apropiado para buscar la verdad y vivir conforme a ella. Un maestro no es el sofista que convence, sino que por sobretodo incentiva a vivir como se piensa. El maestro no solo es sabio, sino que sobre todo es justo: de aquí deriva su grandeza. Lo propio del joven es su inseguridad y su sincero deseo de adherirse a lo que es verdadero, esa adhesión es posible por su docilidad.

7.1.3.3 Vocación

El diálogo con el maestro es una tarea de *iniciación* y de *acompañamiento*, que infunden seguridad en el recorrido de un camino poblado por diferentes voces de toda índole. El maestro es testigo de la verdad, cuya figura inspira, alienta, hace creíble y deseable el iniciar el camino. Acerca del maestro dice Ratzinger:

"es central... la figura del testigo: [que] se transforma en punto de referencia precisamente porque sabe dar razón de la esperanza que sostiene su vida (cf. 1 P 3,

15), está personalmente comprometido con la verdad que propone. El testigo, por otra parte, no remite nunca a sí mismo, sino a algo, o mejor, a Alguien más grande que él, a quien ha encontrado y cuya bondad, digna de confianza, ha experimentado” (Ratzinger, Discurso del Santo Padre Benedicto XVI en la Ceremonia de Apertura de la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma, 2005).

"En la obra educativa, y especialmente en la educación en la fe, que es la cumbre de la formación de la persona y su horizonte más adecuado, es central en concreto la figura del testigo: se transforma en punto de referencia precisamente porque sabe dar razón de la esperanza que sostiene su vida (cf. 1 P 3, 15), está personalmente comprometido con la verdad que propone. El testigo, por otra parte, no remite nunca a sí mismo, sino a algo, o mejor, a Alguien más grande que él, a quien ha encontrado y cuya bondad, digna de confianza, ha experimentado. Así, para todo educador y testigo, el modelo insuperable es Jesucristo, el gran testigo del Padre, que no decía nada por sí mismo, sino que hablaba como el Padre le había enseñado (cf. Jn 8, 28)".Benedicto XVI

El maestro “reúne a los fantasmas y los disipa”(Gusdorf, 1973). Los verdaderos maestros son aquellos capaces de abordar un fenómeno aparentemente muy enmarañado: primero lo describen -señal que lo han comprendido bien- y luego van al fondo del problema, señalando con toda sencillez las causas del conflicto, la verdad de la que se carece.

El verdadero maestro no educa sólo como una forma de ganarse la vida, sino como una razón de su propio ser, desde un compromiso vital con la verdad encontrada, tarea compatible con seguir penetrando en ella y comunicándola. Este es otro efecto del encuentro con la verdad: “la reorganización de mi vida para dedicarme a cumplir el *encargo* que me adviene en el encuentro con la verdad. En definitiva, me hago cargo de la verdad”(Yepes Stork, 2002). No puede quedarse en una simple admiración: el esplendor de su belleza impulsa a conquistarla, a hacerse uno con ella.

7.1.3.4 Inspiración

El cuarto efecto del encuentro es la inspiración: “un impulso para ejercer mi libertad tratando de reproducir y expresar la verdad con la que me he encontrado, y hacerla realidad

en mi vida”(Yepes Stork, 2002). La eficacia del encuentro se observa, porque tras él, toda la persona queda comprometida y libremente intenta vivificar, hacer visible aquello que se le ha manifestado. Es inspiradora porque renueva, despierta una fuerza creadora insospechada; la verdad se va haciendo una sola cosa con la persona, como una voz interior que llama, orienta y anima. Simultáneamente, la inspiración se vuelve búsqueda. Ya que la verdad total, es imposible de poseer, ésta “se muestra pero no se entrega”(Yepes Stork, 2002). Por eso se requiere de una continua reconquista, que será un nuevo encuentro añorado e intelectualmente indagado.

Hay muchas formas de encontrarse con la verdad, porque se trata de un encuentro gradual, ascendente, jerarquizado. La intensidad de sus efectos dependerá de la importancia de la verdad encontrada: pueden ser verdades simples, pequeñas que brindan inspiraciones tenues que acaban con el ocaso de una duda; o pueden ser encuentros con verdades fundamentales que inspiran hazañas. Sólo un encuentro con la verdad puede poner en marcha la capacidad creadora de una persona: creadora porque cada persona debe vivificar la verdad según su propio ser, que es la novedad radical. Solo la persona puede amar la verdad y poder expresarla de una forma absolutamente nueva, según su propio y único modelo interior.

El maestro es alguien, “y porque ese alguien es alguien, impone al discípulo el deber de serlo a su vez, pero no a semejanza del maestro, sino siendo fiel a sí mismo” (Gusdorf, 1973). A veces, el discípulo logra hacer, de esa verdad del maestro, una verdad propia pero nunca idéntica: siempre hay algún aspecto de la realidad captada que ignora el maestro y viceversa: el maestro ignora el aspecto de la verdad captada por el discípulo: sus matices, los detalles y su manera de vivificarla; porque estos aspectos son personales, son la forma propia de vivir en el mundo y revelan el ser de cada uno, jamás igualado por nadie. Ésa es el exhortación final del maestro: “no creas que tu verdad puede ser encontrada por cualquier otro (...) tira mi libro: dite que ahí solo está una de las mil posturas posibles frente a la vida. Busca la tuya”(Gusdorf, 1973)

7.1.4 El diálogo del maestro

Para entrar en diálogo, es necesario despojarse de los propios prejuicios y tener la buena voluntad para poder filtrar la falsedad de la verdad, dondequiera que se encuentre ésta. Aquel que ha recorrido un cierto camino, sabe que no es posible la falsedad absoluta ni el error total: toda persona posee una percepción de la verdad y es necesario contar con esa parte de la verdad que percibe. Tomás de Aquino, maestro de décadas y décadas, primero intentaba comprender a sus contrarios intelectuales, como dice Paul Valery: “lo primero que debe hacer el que desea refutar una opinión es *hacerla suya*, más aun que si fuera su mejor defensor.”(Wadell, 2002)

Lo que caracteriza al diálogo con el maestro es que él es capaz de recordar el “asombro, miedo, confusión y respeto de quien tiene que aprender algo por primera vez” (Wadell, 2002). El maestro puede vivir esa situación psicológica del *primer encuentro*, mirar con reverencia y alegría la iniciación en el descubrimiento de una verdad. Él no se la va a decir, sino que ellos mismos van a descubrirla, ayudados por su conducción; de esta manera se convertirá en una verdad real pero, sobre todo, en una verdad personal.

Por eso se dice que el maestro es revelador de la verdad, es quien puede comprender la verdad y el estado del principiante con respecto a ella, y solo de esta forma consigue diagnosticar donde está el error y una vez corregido, lograr la adhesión del discípulo a la verdad. Según Kierkegaard, el maestro, frente al discípulo, debe “estar mejor informado que él, y sobretodo tener la inteligencia de lo que él comprende (...). La enseñanza comienza cuando tú, el maestro aprende del discípulo, cuando tú te instalas en aquello que él ha comprendido y de la manera como él lo ha comprendido”(Gusdorf, 1973). Ésta es la tarea esencial del profesor y maestro, y el único camino para lograr la adecuada corrección del discípulo.

7.1.4.1 Retórica

La razón de que un maestro logre entusiasmar a sus estudiantes, no consiste en la exposición de un sistema de información solamente, sino que además utiliza retóricamente el lenguaje, con el fin de persuadir. Persuadir es conseguir “el asentimiento intelectual, pero también, y sobre todo, la adhesión de la voluntad a la verdad práctica que sugiere”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). El maestro que afirma y confirma su autoridad, es aquel

que es capaz de mostrarle al estudiante algo que antes no veía. El maestro es el que logra presentar una verdad de manera lógica, pero además impulsa a establecer otras relaciones lógicas y afectivas con verdades ya conocidas, de forma que todo adquiere, cada vez con mayor profundidad, armonía y sentido. Sólo de esta manera se aprende en exacto rigor: es decir, se conjuga el entender con el actuar, se hace “algo nuevo” con los datos proporcionados.

La enseñanza debe utilizar la retórica y esto puede sonar a manipulación, porque la palabra retórica posee un carácter peyorativo. Se cree que retórica se refiere a un discurso lleno de artimañas, que intenta “dorar la píldora” a favor de un interés particular, en servicio de una ideología; y esto no es retórica, sino sofística. “La retórica no quiere convencer sino persuadir. Persuadir no reclama directamente asentimiento a la verdad propuesta, sino que quiere presentarla de modo tal que mueva a la acción”.(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000). Don Quijote no dudó en utilizarla para lograr que Sancho se uniera a su heroica empresa tras la cual, no solo igualaría a su maestro, sino que superaría al que le mostró y le introdujo en un camino de la vida culta.

El asentimiento o la desaprobación de un discurso viene a cargo de los estudiantes. El profesor obliga a sus estudiantes a definirse de una u otra forma; y con ello está movilizandando la vida interior del estudiante, obligándolo a pensar. Puede suceder que el alumno no termine de decidirse, y por tanto deberá investigar, cotejar, comparar, discutir lo enseñado; pero en todo caso:

“No solo entiende el sentido conceptual, sino que lo se refiere a sí mismo, aprobándolo o rechazándolo; de este modo la enseñanza suscita la acción. La enseñanza educativa informa pero sobre todo persuade; puede llevar al asentimiento o al rechazo, pero nunca a la indiferencia ante la lección”(Naval Durán & Altarejos Masota, 2000).

7.2 Reciprocidad y separación del maestro y discípulo

En teoría, el maestro no necesita quién le indique la verdad, una vez que ha logrado darse cuenta de ella, pero al inicio no fue así: él también necesitó ese *iniciador* en el pasado. Ahora, sus discípulos le confirman en esas verdades por él descubiertas y le hacen saber que va por buen camino: así se complementan uno a otro, se confirman mutuamente. Y esto es amistad, porque el maestro no solo es benévolo con sus estudiantes, sino que ellos también lo son con él: en este diálogo, le obligan a que busque respuestas más esclarecedoras, despiertan en él otras inquietudes y hasta le arrancan pensamientos que no creía poseer y que él mismo se da cuenta al momento de pronunciarlos. Es benevolencia mutua, porque ambos se enamoran de la verdad: su amistad es una amistad con la verdad, que los supera a ambos y que hace de su relación una comunión eterna.

La relación amistosa entre el maestro y el alumno tiene esta característica: “será difícil que se prolongue en el tiempo con la misma intensidad, porque una vez que el alumno termine su carrera, suele quedar interrumpida.” (Llano, 2010). Aristóteles dice que la falta de conversación ha deshecho muchas amistades, y en este caso la falta de conversación no acabará con sus vínculos, porque éstos se fundan en algo superior a la conversación: el diálogo del cual sale un ideal en común, que es la cada vez mayor posesión de la verdad.

No se acabará la relación sino que será diferente, más lejana. El maestro sabe que llegará este momento y “él mismo se prepara y prepara al discípulo para la ruptura venidera”(Gusdorf, 1973). El maestro despierta al discípulo a hacerle dejar de creer que él le puede dar todas las respuestas: llegado un momento sabe que no le ayudará más al discípulo, y que corre el riesgo de equivocarse y equivocarse al que quería ayudar. Será una separación física, pero en la medida en que ambos continúen comprometidos y fieles en la búsqueda la verdad, la relación será más estrecha, será una cercanía espiritual. Y en la amistad esto es lo que más importa: la comunidad espiritual. Saint-Exupéry afirma que “el amor no consiste para aquellos que se aman en mirarse el uno al otro, sino mirar juntos en la misma dirección”, y más que en cualquier otra relación, esta sentencia se cumple en la relación maestro-discípulo.

La relación del maestro y del discípulo en ningún momento fue de mutua contemplación: “en realidad, constituye una relación de tres (...) y este tercer término es el que funda la

relación entre los dos primeros”(Gusdorf, 1973). Los dos primeros son: maestro y discípulo, que cuando dialogan no hay superior ni inferior, simplemente hay dos espíritus abiertos a la contemplación de un tercero que es la verdad, que a su vez es el fundamento de su relación y en función de la cual ambos enlazan sus destinos, para consagrarse a su búsqueda y vivificación.

Una vez pasados unos años, se recuerda al maestro con nostalgia: nostalgia es percibir la ausencia de alguien, pero sentirlo a la vez cercano: solo la distancia hace valorar en su verdadera dimensión al ausente. “La confianza permite dominar la nostalgia; la fe en la reciprocidad de los sentimientos vence la nostalgia. Se puede utilizar la nostalgia para profundizar en el amor” (Poltawska, 2011). Cuando uno recuerda al maestro puede recordarse a sí mismo todavía muy torpe y ver el camino recorrido, que no se hubiera iniciado sin la preparación del maestro: esto aumenta más todavía el amor y respeto hacia él. “La nostalgia por una persona la traslada a otra dimensión: a Dios. La nostalgia de la bondad de otra persona tiene que transformarse en oración” (Poltawska, 2011).

7.2.1 Homenaje al maestro

Es saludable el distanciamiento, y éste se produce cuando el estudiante abandona la escuela. Otras influencias o concepciones del mundo le saldrán al encuentro, y entonces él deberá seguir adelante. El discípulo requiere imperiosamente una dirección, sin olvidar que el maestro le hizo consiente de una de las dimensiones más grandes de su ser; su libertad. Como Karol Wojtyla, el maestro dice: “mira, por allí sale el Sol y trae luz” (Poltawska, 2011). El maestro orienta pero no enrumba, porque el discípulo no es barro en sus manos: lo forma para que él forme sus propias imágenes, según sus propias capacidades y exigencias. La lección más importante del maestro “consiste precisamente en que no existen maestros; siempre en un determinado momento el maestro nos deja solos”(Gusdorf, 1973).

La herencia del maestro es haber enseñado que cada uno debe conducir su vida, hacerse cargo de su existencia y buscar las certezas que dirijan su camino; es la transmisión de una vocación a ser su propio maestro: “aquel que no llegue nunca a superar su tiempo de

escolaridad, para afirmarse como un maestro, jamás habrá sido un auténtico discípulo” (Gusdorf, 1973). El mejor homenaje que puede dar el discípulo al maestro es convertirse él mismo en maestro, porque así renueva la tradición, da vida al pasado y lo hace presente, actualiza la verdad y la comunica en un lenguaje que sea entendible para las nuevas generaciones. El discípulo, que casi siempre es más joven, probablemente vivirá más tiempo y deberá aspirar a superar a su maestro; “triunfar allí donde él fracasó”, pero al mismo tiempo el maestro estará asociado a los progresos realizados” (Gusdorf, 1973). Todo maestro es falible y son sus defectos un reto para sus discípulos.

En algunas épocas, cuando una persona no podía pagar lo que adeudaba se convertía en esclavo. De la misma manera, el discípulo que consiguió abrir sus perspectivas y despertar su ímpetu por vivir según la verdad, queda ligado a su maestro de por vida. Se siente “deudor de lo que le han transmitido” (Lobato, 2003) y sabe que, por mucho agradecimiento que profese a su maestro, lo que se le ha entregado es superior a cualquier retribución. Esta piedad por su maestro es “al mismo tiempo sabiduría y se extiende a los secretos de la vida” (Lobato, 2003), y la forma de pagarle es ser un maestro para otros, y aun cuando su profesión sea diferente a la del magisterio, podrá enseñar algo a alguien, y ser <despertador de conciencias> al preceder a otras en su camino de búsqueda de la verdad.

8. Conclusiones

- El afecto es un tipo de amor caracterizado por la relación entre alguien en condiciones superiores (educación, salud, autoridad, etc.) y otro en condiciones inferiores. Un superior que, al ver la necesidad del otro, que necesita ser necesitado, no exige de él reciprocidad. El afecto puede verse destruido cuando una de las partes deja de ser necesitada.
- La amistad es una relación caracterizada por la benevolencia mutua. Para que surja amistad debe existir conocimiento y semejanza. Una vez surgida la amistad se requiere de un periodo de prueba para comprobar que lo que une a los amigos es un bien verdadero, raíz de la perdurabilidad y autenticidad. La compenetración en la amistad se produce en la confianza o diálogo, en la alegría y también en el sufrimiento.
- Para los griegos, una persona no virtuosa no puede ser amiga de otra. Sin embargo, para el cristianismo eso es posible si se cuenta con la caridad, que es amistad con Dios y permite ver a la otra persona no por lo que ha hecho con su vida sino por lo que en realidad es. El aporte del cristianismo es el abajamiento y la universalidad del amor.
- Existen muchos conocimientos adquiridos por uno mismo: son descubrimientos o aprendizajes que pueden ser muy formativos pero no se enmarcan en el concepto de educación.
- Enseñar es predominantemente una actividad; es decir, es mayormente externa. Aprender, en cambio, es una acción sobre todo interna. Una lección es solo un destello de la gran obra del aprender, que continúa aún después de dada una lección.
- El profesor, para enseñar utiliza signos, como son las imágenes y las palabras. La imagen es eficiente y debe progresivamente ser remplazada por la palabra, que es <vehículo> del pensamiento. El estudiante aprende, es decir comprende intelectualmente; y esto suscita el acto volitivo de seguir aprendiendo, más y mejor.

- Según el tipo de relación que se establezca, también lo será el grado del conocimiento transmitido. Existen tres grados ascendentes de los saberes: enterarse, entender y encontrarse con la verdad. Si la relación es afectiva, la transición de conocimientos será un <enterarse>; si la relación es amistosa o de caridad, pueden alcanzarse los dos niveles de conocimiento subsiguientes: entender y encontrarse con la verdad
- La relación que más se da entre profesores y estudiantes es de afecto. Se caracteriza por ser una relación indirecta, donde media entre ambos la ciencia o el arte impartido. Es una relación no escogida libremente: el profesor necesita de la admiración de sus estudiantes, y ellos necesitan de las enseñanzas para continuar con sus estudios. Esta relación fenece cuando se termina el curso.
- La comunicación objetiva, es decir, la que se basa en la transmisión de datos, es la más forma más básica de comunicación y se da de manera descendente: del superior al inferior. El profesor que solamente utiliza este tipo de comunicación el grado de conocimiento que trasmite es de <enterar>; a sus alumnos acerca de unos datos, iguales o inferiores a los que un buscador académico de internet puede proporcionar.
- La relación educativa es diferente según la edad vital que atraviesa el discente. Un maestro experimentado debe ejercitarse en su capacidad de comprensión y exposición, según las necesidades, circunstancias y características de cada estudiante. En la escuela primaria, la relación esta cargada de afectividad, su modo de relacionarse predice en los alumnos cómo serán sus futuras relaciones con otros profesores y adultos.
- La amistad se inicia por el conocimiento. El maestro debe conocer a sus estudiantes si desea ayudarlos. Los estudiantes conocen a su profesor, sin que éste se dé plena cuenta de ello: al observar y examinan sus gestos, palabras y actitud hacia ellos. Una actitud de apertura y cercanía es el comienzo de una relación personal.
- Cuando se plantea una relación de amistad entre profesor y estudiante, el mayor impedimento se encuentra al descubrir y considerar que no existe semejanza. Profesionalmente no hay semejanza: no es una relación de igual a igual. Las semejanzas están en la actividad intelectual a la cual ambos están dedicados; ambos

comparten un mismo entorno y ambos se necesitan mutuamente para hacer lo que hacen. El profesor fue en algún momento un estudiante, y con el tiempo ambos adquieren más elementos de semejanza.

- Para que exista amistad debe haber un despertar de la intimidad: esto ocurre en la adolescencia y por eso se puede iniciar una amistad a partir de esta etapa vital. Aunque el <yo> es aún endeble, esto no es un impedimento sino una fortaleza, por la sencilla espontaneidad de las relaciones entre adolescentes.
- La forma como los profesores confirman su autoridad es cuando desarrollan una actitud de apertura hacia sus estudiantes. Esto facilita, a su vez, la apertura de los estudiantes; su corrección y formación.
- La relación propia y auténtica entre un profesor y un estudiante es una amistad, aunque se puedan establecer otras, como el afecto o la benevolencia. La amistad fundada en la caridad hace al maestro abajarse al discípulo y conducirlo para que tenga un encuentro con la verdad, a manera de iniciación en la propia búsqueda de la verdad.
- Encontrarse con la verdad es uno de los momentos más solemnes de la historia personal. Se caracteriza por un deslumbramiento primero frente al maestro, para pasar luego a la confrontación con la verdad y a una cierta conversión, que es en definitiva un intento por encarnar esa verdad en la propia vida. Cuando se vive una verdad y se siguen descubriendo nuevos aspectos de ella, nace la inspiración para seguir el camino de búsqueda hacia verdades cada vez más altas.
- La confianza se produce en la relación maestro-alumno a través del diálogo. Este diálogo se caracteriza por dirigirse hacia las cuestiones esenciales de la vida y recordar siempre, con respeto, la posición del que se acerca por primera vez a una realidad desconocida. El maestro es capaz de ver más profundamente la verdad de la vida y la posición personal de su discípulo frente a ella (sabiduría).
- El maestro sólo realiza una actividad de iniciación en el discípulo: no lo moldea según su modo de ser o de ver, sino que lo hace consciente de su libertad. A su vez, el verdadero discípulo es aquel que empieza, más adelante, a buscar la verdad por sus propios medios.

- El mejor instrumento para el diálogo docente es la duda. Al principio, el maestro debe enseñar al discípulo a cuestionarse y a abrirse perspectivas; pero luego debe hacer la labor socrática de conducir y preguntar, hasta que cada uno aprehenda la verdad por su propia cuenta. Esto requiere de tiempo. La escuela secundaria y la universidad son el mejor lugar para favorecer el desarrollo de la etapa vital que busca descubrir al mundo y entender al propio ser.

9. Bibliografía

- Aranguren, J. (24 de Julio de 2001). *El sentimiento globalizado de la amistad*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de <http://www.oc.lm.ehu.es/cupv/Conferencias/amistad.pdf>
- Aristóteles. (s.f.). *La ética a Nicómaco, Libro octavo de la Amistad* . Recuperado el 2015 de enero de 6 , de http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/filosofia/nicomaquea/8.html
- Barona Vila, S. (1999). *Tutela civil y penal de la publicidad*. Recuperado el 2015 de enero de 22, de http://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=Nm7EUC9Fe_wC&oi=fnd&pg=PA9&dq=discipulo+maestro&ots=XWjzv7q6pw&sig=pOhrS1irOwdkUnYf5nsup3S2s1E#v=onepage&q&f=false
- Bergoglio, J. (enero de 2015). *Discurso del Papa Francisco a los jovenes de Filipinas*. Recuperado el 3 de febrero de 2015, de <https://www.aciprensa.com/noticias/texto-discurso-del-papa-francisco-a-los-jovenes-de-filipinas-47896/>
- Braido, P., Simoncelli, M., Gianola, P., Lutte, G., Titone, R., Sinistrero, V., et al. (1937). *Educación I*. Salamanca : Ediciones Sígueme .
- Calvo Martínez, T. (s.f.). *La Concepción de Aristóteles de la Amistad*. Recuperado el 18 de enero de 2015, de <http://antiqua.gipuzkoakultura.net/pdf/calvo9.pdf>
- Clément, M. (1974). *Educación Principios y Fundamentos*. Madrid: Speiro.
- Cuéllar, H. (1990). *El Niño como persona* . México: Editora de Revistas S.A. de C.V.
- Fernández-Burillo, S. (s.f.). *Curso de Filosofía Elemental*. Recuperado el 2015 de enero de 7, de <http://www.dfists.ua.es/~gil/curso-de-filosofia-elemental.pdf>
- Ferrater Mora, J. (1998). *Diccionario Filosófico* . Barcelona-España : Ariel S.A. .

- García Hoz, V. (1960). *Principios de la Pedagogía Sistemática* (Novena ed.). Madrid: Ediciones Rialp S.A.
- García Hoz, V. (1980). *El nacimiento de la Intimidad y otros Estudios*. Madrid: Ediciones Rial, S.A.
- Gordillo, M. V. (1975). *La Orientación en el Proceso Educativo*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra S.A.
- Guitton, J. (1981). *El Trabajo Intelectual*. Madrid: Rialp S.A.
- Gusdorf, G. (1973). *¿Para qué los profesores?* Madrid: Cuadernos para el diálogo EDICUSA.
- Ibáñez-Martín, J. A. (1987). *Hacia una Formación Humanística*. Barcelona: Herder.
- Lewis, C. (1960). *Los Cuatro Amores*. Recuperado el 26 de octubre de 2014, de <http://buscadoresdedios.es/wp-content/uploads/2008/12/cslewis-los-cuatro-amores2.pdf>
- Llano, A. (2010). *Segunda Navegación*. Madrid: Ediciones Encuentro S.A.
- Lobato, A. (enero de 2003). *El profesor ideal en la paideia tomista*. Recuperado el 2 de diciembre de 2014, de e-aquinas: file:///Users/public1/Downloads/e-aquinas_santo-tomas-maestro-para-el-iii-milenio_1042791744.pdf
- Louf, A. (1986). *El camino cisterciense*. Pamplona : Verbo Divino.
- Martínez , E. (enero de 2003). *Educación en la virtud. Principios Pedagógicos de Santo Tomás*. Recuperado el 2 de diciembre de 2014, de e-aquinas: [file:///Users/public1/Downloads/e-aquinas_santo-tomas-maestro-para-el-iii-milenio_1042791785%20\(2\).pdf](file:///Users/public1/Downloads/e-aquinas_santo-tomas-maestro-para-el-iii-milenio_1042791785%20(2).pdf)
- Millan Puelles, A. (1979). *La formación de la personalidad humana*. Madrid : Rialp, S.A. .
- Nassif, R. (1958). *Pedagogía General*. Buenos Aires : Kapelusz S.A.

- Naval Durán, F., & Altarejos Masota, F. (2000). *Filosofía de la Educación*. Pamplona: EUNSA.
- Polo, L. (1991). *Optimismo ante la vida.*, (pág. 7). Lima.
- Polo, L. (1998). *El Profesor Universitario*. Colombia: Universidad de la Sabana. Agora Editores Ltda.
- Polo, L. (1999). *La Amistad en Aristóteles*. Recuperado el 8 de enero de 2015, de Anuario Filosófico, nº 32 fascículo 2. Pamplona, 1999, pp. 477-485:
http://www.iterhominis.com/03_Polo/05_Artigos/AF_004.htm
- Polo, L. (1999). *La persona Humana y su crecimiento*. Pamplona: EUNSA.
- Polo, L. (s.f.). *Ayudar a Crecer: Cuestiones de Filosofía de la Educación*. Pamplona: EUNSA.
- Poltawska, W. (2011). *Diario de una Amistad* . Bogota: San Pablo .
- Quiroga, F. (Ed.). (2003). *Trabajo y Educación*. Roma: Edizioni Università della Santa Croce.
- Ramirez Moreno, M. (1999). *El concepto de Persona en Victor García Hoz* . Pamplona-España : EUNSA .
- Ratzinger, J. (2005). *Deus Caritas est*. Recuperado el 11 de febrero de 2015, de http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20051225_deus-caritas-est.html
- Ratzinger, J. (2005). *Discurso del Santo Padre Benedicto XVI en la Ceremonia de Apertura de la Asamblea Eclesial de la Diócesis de Roma*. Recuperado el 16 de Junio de 2015, de Libreria Editrice Vaticana: http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2005/june/documents/hf_ben-xvi_spe_20050606_convegno-famiglia.html
- Ratzinger, J. (2011). *Encuentro con los Jóvenes Profesores Universitarios*. Retrieved 2014 йил 26-octubre from

www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2011/august/documents/hf_ben-xvi_spe_20110819_docenti-el-escorial_sp.html

Rodríguez Sierra, O. A. (2009). *Connaturalidad en la amistad de Jesucristo*. Recuperado el 11 de febrero de 11, de <http://www.javeriana.edu.co/biblos/tesis/teologia/tesis43.pdf>

Selles, J. F. (1999). *Antropología para Inconformes*. Pamplona : EUNSA.

Vázquez de Prada, A. (1975). *Estudio sobre la amistad*. España: Rialp S.A. .

Wadell, P. J. (2002). *La Primacía del Amor*. Madrid : Palabra.

Wojtyla, K. (2004). *¡Levantaos! ¡Vamos!* Buenos Aires : Sudamericana.

Yepes Stork, R. (2002). *El encuentro con la verdad*. Recuperado el 13 de 3 de 2015, de http://www.mercaba.org/Filosofia/Conocimiento/encuentro_con_la_verdad.htm